

MODO ABUNDANCIA

**PARA LÍDERES FORMADORES DE
UNA MENTALIDAD DE REINO**

1



OSVALDO REBOLLEDA

MODO ABUNDANCIA

1

**PARA LÍDERES FORMADORES DE
UNA MENTALIDAD DE REINO**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....5

PARTE I: El diseño original de Dios

Capítulo uno:

Diseño de abundancia no de escasez.....10

Capítulo dos:

El nacimiento de la mentalidad de escasez.....15

PARTE II: Dos mentalidades en conflicto

Capítulo tres:

La mente caída.....22

Capítulo cuatro:

La mente de Dios.....28

Capítulo cinco:

El conflicto interno.....34

PARTE III: Paradigmas que bloquean la abundancia

Capítulo seis:

La religiosidad y la escasez.....41

Capítulo siete:

El temor al recurso y al gobierno.....48

Capítulo ocho:

El ego disfrazado de necesidad.....54

Capítulo nueve:

De la provisión a la bendición.....60

PARTE IV: El proceso de transformación	
Capítulo diez:	
La revelación como inicio del cambio.....	67
Capítulo once:	
Renovando el entendimiento.....	75
Capítulo doce:	
Sanando la relación con la abundancia.....	79
Capítulo trece:	
De esclavos a administradores del Reino.....	85
PARTE V: Formando líderes con mentalidad de Reino	
Capítulo catorce:	
Liderazgo de influencia.....	93
Capítulo quince:	
Enseñar abundancia sin caer en error.....	100
Capítulo dieciséis:	
Cultura de Reino cultura de abundancia.....	106
Capítulo diecisiete:	
Preparando el terreno.....	112
Conclusión	118
Reconocimientos.....	121
Sobre el autor.....	123

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un tiempo donde la escasez parece haberse normalizado. No solo en términos materiales, sino en dimensiones mucho más profundas: escasez de fe, de visión, de sabiduría, de propósito, de discernimiento espiritual. Es una escasez que no siempre se ve, pero que se manifiesta en la forma en que pensamos, decidimos y vivimos.

Muchos creyentes aman a Dios, sirven con sinceridad y desean avanzar en Su propósito, pero lo hacen desde una mentalidad limitada. Intentan vivir una vida espiritual abundante con una forma de pensar que no ha sido transformada. Y ahí es donde comienza el conflicto.

El problema nunca ha sido Dios. Él no es limitado, no es escaso, no es mezquino. Desde el principio de la revelación bíblica vemos a un Dios que crea en abundancia, que da generosamente, que piensa en expansión y que se deleita en bendecir. El diseño original no fue la carencia, sino la plenitud. No fue la supervivencia, sino la administración. No fue el esfuerzo angustiante, sino el reposo bajo Su gobierno.

Sin embargo, el ser humano, al apartarse de ese gobierno, no solo perdió una posición, sino también una manera de pensar. La caída no fue únicamente espiritual; fue también mental. Desde entonces, la humanidad ha intentado suplir con esfuerzo lo que solo puede ser sostenido por

diseño. Ha intentado construir abundancia sin Dios, y el resultado ha sido desigualdad, injusticia, agotamiento y destrucción.

Aún dentro de la Iglesia, muchas veces esta mentalidad caída sigue operando de manera silenciosa. Se ora por bendición, pero se piensa en escasez. Se declara fe, pero se administra con temor. Se habla de Reino, pero se vive desde la limitación. Esta incoherencia no es falta de amor a Dios, sino falta de entendimiento. Por eso, el mayor desafío no es obtener más recursos, sino renovar la mente.

La Escritura nos enseña que la transformación verdadera ocurre cuando nuestro entendimiento es alineado con la verdad de Dios. No se trata simplemente de adquirir información, sino de recibir revelación. Es el Espíritu Santo quien ilumina, quien abre los ojos del entendimiento y nos permite ver como Dios ve. Y cuando eso sucede, todo comienza a cambiar.

Este libro nace con ese propósito: confrontar, renovar y establecer una mentalidad de Reino en aquellos que han sido llamados a liderar y a formar a otros. Porque un líder no solo transmite conocimiento, transmite una manera de pensar. Y una iglesia nunca irá más allá de la mentalidad de quienes la conducen.

Hablar de abundancia puede generar resistencias. Algunos la asocian únicamente con lo material; otros la rechazan por temor a desviaciones; y otros la desean, pero sin

comprender su verdadero significado. Por eso es necesario establecer desde el principio que la abundancia del Reino no tiene que ver con el ego, ni con la acumulación, ni con la vanidad. Tiene que ver con el propósito de Dios.

Abundancia es tener todo lo necesario, y más, para cumplir la voluntad divina. Es vivir bajo un flujo constante de provisión, sabiduría, gracia, poder y recursos que permiten avanzar en lo que Dios ha determinado. Es reflejar el carácter de un Dios que no da con medida escasa, sino conforme a la riqueza de Su gloria.

Pero esta vida no puede ser experimentada desde una mente vieja. No se puede vivir en abundancia con mentalidad de escasez. No se puede gobernar con pensamiento de esclavo. No se puede administrar lo mucho con una estructura interna diseñada para lo poco. Por eso, antes de hablar de manifestación, debemos hablar de transformación.

Este primer libro está enfocado en ese proceso. No busca motivar superficialmente, sino confrontar profundamente. No pretende ofrecer fórmulas rápidas, sino establecer fundamentos firmes. Es una invitación a revisar estructuras internas, a derribar paradigmas limitantes y a permitir que Dios renueve completamente la manera de pensar.

Es un libro para todos mis hermanos, pero enfocado principalmente en quienes ejercen tareas de liderazgo, sean ministros ordenados o no, porque son ellos los encargados de

transmitir estas verdades al pueblo. Son los líderes los encargados de formar una mentalidad en los hijos de Dios. Por eso es clave que sean impartidos respecto de una mentalidad de Reino.

A lo largo de estas páginas, recorreremos el diseño original de Dios, entenderemos el origen de la mentalidad de escasez, identificaremos los paradigmas que bloquean la abundancia y, sobre todo, nos enfocaremos en el proceso de transformación que el Espíritu Santo desea producir en nosotros. No es un libro para curiosos, sino para discípulos. No es para quienes buscan beneficios, sino para quienes desean alinearse con el propósito eterno de Dios.

Si están dispuestos a ser confrontados, a desaprender, a rendir toda manera de pensar errónea y a permitir que Dios nos lleve a una nueva dimensión de entendimiento, entonces este libro puede marcar un antes y un después en sus vidas y en sus ministerios.

Porque cuando la mente es transformada, la vida inevitablemente cambia. Y cuando una generación comienza a pensar como Dios, entonces comienza a vivir como Dios diseñó. “Un Reino de abundancia”.

***“Busquen el reino de Dios[a] por encima de todo lo demás
y lleven una vida justa, y él les dará todo lo que
necesiten.”***

Mateo 6:33 NTV

PARTE I

**EL DISEÑO ORIGINAL
DE DIOS**

Capítulo uno

DISEÑO DE ABUNDANCIA NO DE ESCASEZ

*“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era
bueno en gran manera...”*
Génesis 1:31

Desde el principio, Dios no diseñó al hombre para sobrevivir, sino para gobernar en un entorno de abundancia. Esta verdad, aunque simple, ha sido profundamente distorsionada en la mente humana a causa de la caída. Por eso, si queremos entender correctamente el Reino y vivir conforme a su diseño, debemos volver al origen, al diseño inicial, al Edén.

El relato de la creación no muestra a un Dios que crea con medida limitada, sino a un Dios que se expresa en sobreabundancia. Cada día de la creación revela un despliegue generoso, amplio y sin restricciones. La luz no fue escasa, la tierra no fue estéril, los mares no fueron insuficientes, ni los cielos vacíos. Todo lo que Dios hizo fue bueno en gran manera, no solo funcional, sino pleno.

Cuando Dios crea al hombre, no lo coloca en un desierto para que luche por sobrevivir, sino en un huerto preparado, diseñado, cultivado previamente por Él mismo. ***“Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado”*** (Génesis 2:8). Esto es profundamente revelador: el hombre no comienza desde la escasez, sino desde la provisión completa.

El Edén no era simplemente un lugar hermoso; era la manifestación tangible de la naturaleza de Dios. Un espacio donde no había carencia, ni angustia, ni temor por el mañana. Allí, el hombre no trabajaba para obtener, sino que administraba lo que ya había sido dado. Su función no era sobrevivir, sino gobernar.

Esto rompe completamente con la mentalidad caída que asocia trabajo con sufrimiento y provisión con esfuerzo extremo. En el diseño original, el trabajo no era una carga, sino una expresión de propósito. ***“Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase”*** (Génesis 2:15). Labrar no implicaba escasez, sino administración; guardar no implicaba miedo, sino responsabilidad.

El hombre fue creado como administrador, no como sobreviviente. Esta diferencia es clave. El sobreviviente vive desde la necesidad; el administrador vive desde la abundancia. El sobreviviente se enfoca en lo que falta; el administrador en lo que le fue confiado. El sobreviviente

teme perder; el administrador entiende que todo proviene de Dios.

Además, en el Edén, la provisión no era limitada ni restringida. Dios mismo declara: ***“De todo árbol del huerto podrás comer”*** (Génesis 2:16). La primera expresión de Dios hacia el hombre respecto a los recursos no fue restricción, sino libertad. No fue escasez, sino abundancia disponible. El único límite no tenía que ver con la falta de recursos, sino con el orden espiritual y la obediencia.

Esto revela otro principio fundamental: la abundancia en el Reino siempre está conectada al gobierno de Dios. Mientras el hombre permanecía bajo ese gobierno, no había necesidad, ni ansiedad, ni carencia. La provisión no era un problema, porque la fuente no era el esfuerzo humano, sino la comunión con Dios.

El Edén también nos muestra que la abundancia no era solamente material, sino integral. Había paz, identidad, propósito, relación y plenitud. El hombre no necesitaba competir, ni acumular, ni defender lo suyo, porque no vivía desde la inseguridad. Su identidad estaba afirmada en Dios, y desde allí administraba todo lo que le había sido entregado.

Cuando entendemos esto, comenzamos a ver que la escasez nunca fue parte del diseño original de Dios. No es un atributo divino, ni una herramienta espiritual. Es una consecuencia, no un propósito. Es el resultado de una desconexión, no la voluntad del Padre.

Por eso, toda enseñanza que normaliza la escasez como parte del carácter de Dios necesita ser revisada a la luz del diseño original. Dios no cambia (**Malaquías 3:6**), y si Él es un Dios de abundancia en el principio, lo sigue siendo hoy. El problema no está en Su naturaleza, sino en la manera en que el hombre la percibe y se relaciona con ella.

Volver al Edén no es retroceder en la historia, sino restaurar el entendimiento. Es permitir que el Espíritu Santo renueve nuestra mente para ver como Dios ve. Porque nadie puede vivir en abundancia si piensa en escasez, y nadie puede administrar correctamente si se percibe a sí mismo como alguien que apenas sobrevive.

El diseño original sigue siendo el estándar del Reino. No fue anulado, fue interrumpido. Y en Cristo, ese diseño no solo es restaurado, sino elevado. Pero para entrar en esa realidad, primero debemos romper con la mentira de que fuimos creados para vivir limitados.

Dios nunca pensó al hombre como alguien que lucha por sostenerse, sino como alguien que refleja Su naturaleza en la tierra. Y esa naturaleza es abundante, generosa y sin temor a la falta. Por eso, todo proceso de transformación comienza aquí: entendiendo que el punto de partida de Dios nunca fue la escasez, sino la plenitud.

***“Reciban misericordia, paz y amor
en abundancia.”***

Judas 1:2

El Edén: diseño de abundancia

Capítulo 1 aplicación

Reflexión:

¿Estamos viviendo como administradores de lo que Dios ya nos ha dado, o como personas que luchan por sobrevivir?

¿Qué imagen tenemos de Dios: proveedor abundante o fuente limitada? ¿Qué áreas en nuestra manera de pensar, pueden no estar agradando a Dios por completo?

Activación:

Les aconsejo hacer una lista de todo lo que ya han recibido (recursos, dones, talentos, virtudes, oportunidades).

Durante la semana, actúen intencionalmente como administradores, no como sobrevivientes.

Traten de verse como dadores del Reino y no como simples receptores de las riquezas de Cristo.

Oración guiada:

Señor, hoy reconocemos que Tú no diseñaste nuestra vida desde la escasez, sino desde la abundancia. Renunciamos a toda mentalidad de supervivencia y recibimos la verdad de que somos administradores de lo que has puesto en nuestras manos. Enséñanos a ver como Tú ves, tanto la vida como nuestro propio ser, te lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

Capítulo dos

EL NACIMIENTO DE LA MENTALIDAD DE ESCASEZ

“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.”

2 Corintios 11:3

Si el Edén revela el diseño original de Dios basado en la abundancia, la caída muestra con claridad el origen de la mentalidad de escasez. Esta no fue creada por Dios, ni establecida como parte de Su propósito; nació como consecuencia de una desconexión: el hombre saliendo del gobierno divino para establecer su propia independencia.

La caída no comenzó con un acto externo, sino con una distorsión interna. Antes de tomar del fruto, el hombre ya había aceptado una mentira. La serpiente no atacó primero la provisión, sino la percepción de Dios. *“¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”* (Génesis 3:1). Esta pregunta introdujo una duda sutil pero profunda: la idea

de que Dios está reteniendo algo, de que Su generosidad no es completa.

Ahí nace la raíz de la escasez: creer que Dios no es suficiente, que lo que Él ha dado no alcanza, que hay algo más que debe ser obtenido fuera de Su voluntad. La caída no es solamente desobediencia, es desconfianza. Es el momento en que el hombre deja de vivir desde la abundancia de Dios para comenzar a vivir desde su propia percepción limitada.

Cuando el hombre decide independizarse del gobierno de Dios, automáticamente pierde la referencia correcta de la fuente. Ya no ve a Dios como proveedor absoluto, sino que comienza a verse a sí mismo como responsable de sostener su propia vida. Y en ese instante, nace el esfuerzo, la ansiedad y la lucha.

La sentencia divina lo expresa con claridad: **“Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Génesis 3:19)**. Esto no es simplemente una descripción del trabajo, sino una evidencia de una nueva condición interna. El trabajo dejó de ser una expresión de propósito y pasó a ser una carga ligada a la supervivencia. El esfuerzo ya no fluyó desde la abundancia, sino desde la necesidad.

La tierra, que antes respondía de manera armónica al hombre, ahora se convierte en un campo de resistencia. **“Espinosa y cardos te producirá” (Génesis 3:18)**. Esto revela que la creación misma comienza a reflejar la ruptura espiritual. La abundancia no desaparece, pero ya no se

manifiesta de la misma manera. El acceso a ella se vuelve conflictivo cuando el hombre está fuera del orden de Dios.

Aquí es donde la mentalidad de escasez comienza a tomar forma. Ya no se trata solamente de recursos, sino de percepción. El hombre empieza a ver el mundo como un lugar donde hay que luchar, competir y asegurar. Aparece el miedo a no tener, la necesidad de acumular, la tendencia a controlar.

La independencia produce limitación, porque desconecta al hombre de la fuente infinita. Cuando el hombre se separa de Dios, no pierde solamente la comunión, pierde la referencia de la plenitud. Y al perder esa referencia, comienza a interpretar la vida desde la carencia.

Por eso, la escasez no es primeramente un problema económico, sino espiritual. Es una forma de pensar, una manera de ver, una estructura interna que condiciona la forma en que el hombre vive. Dos personas pueden tener los mismos recursos, pero si una piensa en escasez y la otra en abundancia, vivirán realidades completamente distintas.

Después de la caída, también se altera la identidad. El hombre que antes vivía seguro en Dios, ahora se esconde. **“Y tuvieron miedo” (Génesis 3:10)**. El miedo entra en escena, y con él, la necesidad de proteger, de cubrir, de esconder. La vergüenza reemplaza la seguridad, y la autosuficiencia intenta ocupar el lugar de la dependencia de Dios.

Esta es otra manifestación de la mentalidad de escasez: creer que uno tiene que resolverlo todo por sí mismo. Ya no hay descanso, ya no hay confianza plena. El hombre se convirtió en el centro de su propio sistema, pero sin la capacidad de sostenerlo correctamente.

A partir de aquí, la historia humana queda marcada por esta condición. Civilizaciones enteras se desarrollan bajo sistemas de competencia, acumulación y desigualdad, no porque Dios así lo haya diseñado, sino porque el hombre ha operado desconectado de Su gobierno.

Sin embargo, es importante entender que la caída no anuló el diseño original, solo lo distorsionó. La abundancia no dejó de existir; lo que se perdió fue la capacidad del hombre de vivir en ella correctamente. Por eso, la solución no es simplemente obtener más recursos, sino restaurar la relación con la fuente.

El problema nunca fue externo, siempre fue interno. Y mientras la mente del hombre permanezca alineada con la caída, seguirá interpretando la vida desde la escasez, aun cuando tenga provisión.

Por eso, el evangelio no solo viene a perdonar pecados, sino a restaurar el diseño. No solo reconcilia al hombre con Dios, sino que también restaura su manera de pensar. Porque no se puede vivir en la plenitud del Reino con una mentalidad formada en la caída.

Entender el origen de la escasez es fundamental para poder romper con ella. No es una condición inevitable, es una consecuencia reversible. Y todo proceso de restauración comienza reconociendo que la raíz no está en lo que falta afuera, sino en lo que fue distorsionado adentro.

El hombre cayó cuando dejó de confiar en la abundancia de Dios, porque intentó buscar algo que en realidad ya tenía. Y solo podemos vivir una vida de Reino cuando volvemos a confiar en Dios, en Sus diseños y en Su abundancia.

“Busquen el reino de Dios por encima de todo lo demás y lleven una vida justa, y él les dará todo lo que necesiten.”

Mateo 6:33 NTV

La caída: el origen de la escasez
Capítulo 2 aplicación

Reflexión:

¿En qué áreas de nuestras vidas estamos operando desde la autosuficiencia y no desde la dependencia de Dios?

¿Qué mentiras hemos creído acerca de la provisión?

¿Qué pensamientos surgen primero cuando escuchamos una enseñanza de abundancia y prosperidad?

Activación:

Identifiquemos una decisión reciente que hayamos tomado desde el temor.

Evaluemos cuantos de nuestros proyectos son de Reino y cuantos están dentro de los parámetros naturales.

Replanteemos toda decisión que no tomamos desde la fe y escribamos cómo la habríamos tomado confiando en Dios.

Oración guiada:

Padre, reconocemos que muchas veces hemos pensado desde la caída y no desde Tu verdad. Hoy renunciamos a la independencia que nos desconecta de Ti y de Tu Reino. Comprometiéndonos a depender de Tu gobierno y de Tu voluntad. Restáuranos en Tu diseño. En el Nombre de Jesús ¡Amén!

PARTE II

**DOS MENTALIDADES
EN CONFLICTO**

Capítulo tres

LA MENTE CAÍDA

“Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado.”

Colosenses 1:21

La caída no solo afectó la posición del hombre delante de Dios, sino que alteró profundamente su manera de pensar. Desde ese momento, la mente humana quedó condicionada por una perspectiva distorsionada de la realidad, donde la limitación reemplazó a la plenitud, el temor desplazó a la confianza y el ego ocupó el lugar del gobierno divino.

La Escritura describe esta condición con claridad: ***“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura”*** (1 Corintios 2:14). Esto no es una incapacidad intelectual, sino espiritual. La mente caída no puede comprender el Reino, porque opera desde un sistema completamente distinto.

El pensamiento natural del hombre está marcado por la finitud. Todo lo mide en función de lo que ve, de lo que tiene, de lo que puede controlar. No logra percibir la dimensión espiritual donde Dios opera sin límites. Por eso, cuando escucha hablar de abundancia en el Reino, lo filtra a través de su experiencia limitada y lo reduce a categorías humanas.

Esta mente limitada vive constantemente evaluando, calculando y proyectando desde la escasez. Siempre está anticipando la falta, protegiéndose de la pérdida, intentando asegurar lo que cree que puede desaparecer. No descansa, porque no confía. No da con libertad, porque teme quedarse sin nada. No celebra el crecimiento de otros, porque lo percibe como una amenaza.

Así nace la competencia como estilo de vida. En la mente caída, el avance de otro es visto como una disminución propia. Se desarrolla una lógica de comparación constante, donde el valor personal se mide en relación con lo que otros tienen o logran. Esto genera celos, rivalidades y divisiones, incluso dentro del ámbito espiritual.

Sin embargo, este comportamiento no es superficial, es el reflejo de una estructura interna gobernada por el ego. El ego no es simplemente orgullo; es un sistema de gobierno que reemplaza a Dios en el interior del hombre. Es la voz que dice: “yo debo asegurar, yo debo controlar, yo debo obtener”.

Cuando el ego gobierna, todo se vuelve centrado en uno mismo. Incluso la búsqueda de Dios puede contaminarse con motivaciones incorrectas. Se ora para obtener, se sirve para ser reconocido, se da esperando recibir. La relación con Dios deja de ser una expresión de amor y se convierte en una estrategia de beneficio.

Por eso, la mente caída puede participar de actividades espirituales y, aun así, no vivir en el Reino. Puede conocer principios, repetir verdades, incluso enseñar, pero seguir operando desde la escasez. Porque el problema no es la información que se posee, sino la mentalidad desde la cual se interpreta.

La Escritura también describe esta condición como una mente entenebrecida: ***“Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios” (Efesios 4:18)***. La oscuridad no significa ausencia total de luz, sino distorsión. La mente caída no ve correctamente; interpreta mal la realidad, incluso cuando tiene acceso a la verdad.

Esto explica por qué muchas personas, aun dentro de la iglesia, siguen viviendo con temor, ansiedad y limitación. No es falta de fe en términos declarativos, sino una estructura mental que no ha sido transformada. Creen en Dios, pero piensan como si todo dependiera de ellos.

Otra característica de la mente caída es su necesidad de control. Como no confía plenamente en Dios, intenta asegurar resultados por sus propios medios. Esto genera

estrés, agotamiento y frustración. Porque el hombre no fue diseñado para sostener el peso de su propia vida separado de Dios.

Jesús confronta directamente esta manera de pensar cuando dice: *“No os afanéis por vuestra vida... ¿No es la vida más que el alimento?”* (Mateo 6:25). Aquí no está negando la necesidad, sino corrigiendo la mentalidad. El afán es la evidencia de una mente que vive desconectada de la fuente.

Además, la mente caída tiende a reducir todo al plano material. Interpreta la abundancia únicamente en términos de posesión, sin entender la dimensión espiritual del Reino. Por eso, puede caer fácilmente en dos extremos: o rechaza la abundancia por considerarla peligrosa, o la persigue de manera desordenada creyendo que allí está la plenitud.

En ambos casos, el problema es el mismo: una mente no renovada. Porque la verdadera abundancia no comienza en lo que se tiene, sino en cómo se piensa. Y mientras la mente esté gobernada por el temor, el ego y la limitación, cualquier recurso será insuficiente.

La mente caída no solo limita la vida personal, sino que también afecta la manera en que se lidera. Un líder con mentalidad de escasez formará personas inseguras, dependientes y temerosas. Transmitirá, quizás sin darse cuenta, una cultura de restricción, donde siempre falta algo, donde nunca es suficiente.

Por eso, antes de hablar de recursos, finanzas o expansión, es necesario confrontar la raíz: la manera de pensar. Porque no se puede construir una cultura de Reino sobre una mentalidad caída.

Sin embargo, esta condición no es permanente. La mente puede ser renovada. La oscuridad puede ser iluminada. El sistema interno puede ser reemplazado. Pero esto no ocurre automáticamente, requiere un proceso intencional guiado por el Espíritu Santo.

La mente caída es el resultado de la desconexión. La mente renovada es el resultado de la restauración y la madurez espiritual. Sin embargo, es necesario la transición, reconociendo que nuestra manera natural de pensar no es compatible con el Reino de Dios, y abrazando una mentalidad con sabiduría divina.

“Dichoso el que halla sabiduría, el que adquiere inteligencia. Porque ella es de más provecho que la plata y rinde más ganancias que el oro. Es más valiosa que las piedras preciosas: ¡ni lo más deseable se le puede comparar!”

Proverbios 3:13 al 15

La mente caída Capítulo 3 aplicación

Reflexión:

¿Qué pensamientos dominantes hay en nosotros: temor, competencia, control, dependencia, abundancia o escasez?

¿Cómo reaccionamos cuando vemos que otros prosperan, nos alegramos, nos enojamos, nos ponemos tristes o nos llenamos de esperanza?

Activación:

Durante esta semana, observemos con atención nuestros pensamientos frente a situaciones económicas o de oportunidades que se nos puedan presentar.

Consideremos nuestras opiniones en charlas respecto del gobierno actual y la actualidad económica en la que vivimos. Cada vez que detectemos escasez, reemplacémosla por una verdad bíblica.

Oración guiada:

Señor, traemos delante de Ti nuestra manera de pensar. Exponemos todo pensamiento que no provenga de Tu Santo Espíritu. Renunciamos al temor, al control y a las limitaciones personales. Queremos pensar conforme a Tu Reino y no a la realidad que nos rodea. En el Nombre de Jesús ¡Amén!

Capítulo cuatro

LA MENTE DE DIOS

“¿Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¿Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién ha entendido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero?”

Romanos 11:33 y 34

Si la mente caída está marcada por la limitación, el temor y el ego, la mente de Dios se revela completamente opuesta: abundante, generosa y libre de toda restricción. No se trata simplemente de una diferencia de grado, sino de naturaleza. Dios no piensa como el hombre, ni opera dentro de sus parámetros. ***“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová” (Isaías 55:8).***

Este pasaje no solo marca una distancia, sino que abre una invitación. Dios no declara esta diferencia para alejarnos, sino para mostrarnos que existe una manera superior de

pensar a la cual podemos acceder. El Reino no consiste en mejorar la mente humana, sino en reemplazar su sistema por el de Dios.

La mente de Dios no está condicionada por la escasez porque su fuente es infinita. Él no administra recursos limitados; Él es la fuente de todo lo que existe. ***“Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos” (Hageo 2:8)***. Pero aún esta declaración es insuficiente si se la interpreta solo en términos materiales. La riqueza de Dios no se limita a lo que creó; proviene de quién Él es.

Dios no da porque tiene mucho, sino porque es generoso. La abundancia no es una estrategia divina, es una expresión de Su naturaleza. Por eso, dar no le genera pérdida, ni disminución. Él no se empobrece al bendecir, ni se limita al multiplicar.

Jesús revela esta dimensión con claridad cuando dice: ***“El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10)***. La vida abundante no es un concepto abstracto, es la manifestación concreta del carácter de Dios en la vida del hombre.

La mente de Dios no calcula desde la falta, sino que actúa desde la plenitud. No retiene por temor, no limita por inseguridad, no mide con escasez. Por el contrario, su lógica es expansiva, multiplicadora y generosa. Cuando Jesús alimenta a los cinco mil, no lo hace desde un cálculo de

insuficiencia, sino desde una revelación de provisión ilimitada (**Mateo 14:13 al 21**).

Este es un punto clave: la mente de Dios no niega la realidad visible, pero no se somete a ella. Ve más allá de lo que hay, porque conoce la fuente de donde todo proviene. Donde el hombre ve cinco panes y dos peces, Dios ve una oportunidad para manifestar Su abundancia.

Además, la mente de Dios no está gobernada por el temor. El temor es siempre una señal de limitación, pero en Dios no hay incertidumbre. Él no duda, no vacila, no se anticipa a la pérdida. Por eso, su dar es libre, sin reservas, sin condiciones ocultas.

Santiago lo expresa de manera contundente: ***“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche”*** (**Santiago 1:5**). Esta es la forma en que Dios da: abundantemente y sin reproche. No cuestiona, no retiene, no condiciona desde la sospecha. Su dar es limpio, pleno, generoso.

La mente de Dios tampoco está centrada en sí misma. A diferencia del ego humano, que busca acumular y asegurar, Dios se revela en constante entrega. ***“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...”*** (**Juan 3:16**). La mayor expresión de Su naturaleza no fue retener, sino dar.

Esto redefine completamente el concepto de abundancia. No se trata solo de cuánto se tiene, sino de cuánto se es capaz de dar. La verdadera abundancia no se mide por acumulación, sino por flujo. Donde hay vida de Dios, hay movimiento, hay impartición, hay generosidad.

Por eso, alguien puede tener muchos recursos y aun así no vivir en abundancia, si su corazón está cerrado. Y otro puede tener menos, pero vivir en plenitud, porque ha entendido la naturaleza de Dios y se ha alineado con ella.

La mente de Dios también ve propósito donde el hombre ve necesidad. No responde desde la urgencia, sino desde el diseño. No actúa presionado por la falta, sino guiado por Su voluntad. Esto le permite operar en descanso, incluso en medio de situaciones que para el hombre serían desesperantes.

Jesús vivió completamente bajo esta mentalidad. Nunca se lo ve apurado, ansioso o desesperado por recursos. Siempre actuó desde la comunión con el Padre, sabiendo que la provisión no dependía de circunstancias externas, sino de su relación con la fuente.

“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió” (Juan 4:34). Aquí se revela otra dimensión de la abundancia: la satisfacción no está en lo que se recibe, sino en vivir alineado con Dios. La plenitud no es externa, es interna, y desde allí se manifiesta hacia afuera.

Cuando el creyente comienza a entender la mente de Dios, deja de ver la vida como una lucha constante por obtener, y empieza a vivir como un canal de lo que Dios quiere manifestar. Ya no se enfoca en lo que falta, sino en lo que Dios quiere hacer.

Esto no significa negar la realidad, sino interpretarla correctamente. La fe no es ignorar las limitaciones, sino no ser gobernado por ellas. Es vivir desde una realidad superior, donde Dios sigue siendo la fuente, independientemente de las circunstancias.

La mente de Dios es abundante porque está conectada a una fuente inagotable. Es generosa porque no teme perder. Es ilimitada porque no está condicionada por lo natural. Y lo más poderoso de todo es esto: esa mente nos ha sido dada en Cristo. ***“Mas nosotros tenemos la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16)***. No es un ideal inalcanzable, es una realidad disponible. Pero debe ser recibida, entendida y desarrollada.

No se trata de imitar a Dios desde afuera, sino de permitir que Su manera de pensar gobierne desde adentro. Porque solo cuando la mente cambia, la vida comienza a alinearse con el diseño del Reino.

La mente de Dios Capítulo 4 aplicación

Reflexión:

¿Estamos viendo nuestra vida desde lo que tenemos o desde la fuente que es Dios? ¿Estamos pensando en fe, o simplemente en lo que está en nuestras manos?

¿Creemos verdaderamente que Dios es abundante, o tenemos reservas a la hora de pedirle? ¿Utilizamos diminutivos a la hora de orar pidiendo Su favor?

Activación:

Enfrentemos una situación concreta, sea financiera, ministerial o personal preguntándonos: ¿Cómo vería Dios nuestra actitud y cómo nuestras decisiones?

Tratemos de meditar en nuestros hechos, como si pensáramos en otra persona, no tratemos de justificarnos.

Oración guiada:

Padre, elevamos nuestra manera de pensar. Queriendo alinearnos con Tu mente, con Tu perspectiva y con Tu verdad. Rompe en nosotros toda estructura que nos limita y enséñanos a vivir desde Tu abundancia. Que nuestro pensamiento sea agradable en Tu presencia, te lo pedimos en el Nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo cinco

EL CONFLICTO INTERNO

“¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos? Codician y no tienen... luchan y combaten.”

Santiago 4:1 y 2 (NVI)

Uno de los mayores desafíos en la vida del creyente no es creer en Dios, sino aprender a pensar como Él. Aquí se encuentra una de las tensiones más profundas del proceso espiritual: haber nacido de nuevo en el espíritu, pero continuar operando con una mente formada en la caída.

Este conflicto no siempre es evidente al principio. La persona ha recibido a Cristo, ha experimentado el perdón, incluso puede haber tenido encuentros genuinos con Dios. Sin embargo, en la práctica diaria, sigue interpretando la vida desde patrones antiguos. Cree en la abundancia, pero piensa en escasez. Declara promesas, pero toma decisiones desde el temor.

La Escritura lo describe con claridad cuando Pablo dice: ***“Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”*** (Romanos 12:2). Aquí no se está hablando a inconversos, sino a creyentes. Es decir, personas que ya pertenecen al Reino, pero que necesitan un proceso de transformación mental.

Este es el punto clave: la salvación del espíritu es instantánea, pero la renovación de la mente es progresiva. Y mientras esa renovación no ocurre, el creyente vive en una especie de contradicción interna. Tiene acceso a una realidad superior, pero no logra experimentarla plenamente porque sigue pensando desde un sistema antiguo.

Por eso, muchas veces la frustración espiritual no proviene de la falta de fe, sino de la incoherencia interna. Se espera un resultado del Reino, pero se sostiene una mentalidad que no es compatible con él. Se ora por provisión, pero se vive con miedo a no tener. Se declara confianza en Dios, pero se toman decisiones basadas en la inseguridad.

Santiago lo expresa de una manera muy directa: ***“El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos”*** (Santiago 1:8). El doble ánimo no es simplemente duda ocasional, es una mente dividida, un sistema interno que no ha sido unificado bajo la verdad de Dios.

Este conflicto también se manifiesta en la manera en que se perciben los recursos. Por un lado, se reconoce que

Dios es proveedor; por otro, se siente la necesidad de controlar todo para evitar la falta. Se da, pero con temor. Se recibe, pero con culpa. Se administra, pero con ansiedad.

Así, el creyente queda atrapado entre dos realidades: una espiritual que afirma y una mental que limita. Y en esa tensión, muchas veces termina prevaleciendo la más arraigada, que suele ser la antigua.

Pablo describe esta lucha en términos claros: ***“Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Romanos 7:18)***. Aunque este pasaje abarca una dimensión más amplia, refleja una verdad aplicable: hay una intención correcta, pero una estructura interna que no acompaña.

Esto explica por qué algunas personas, aun con sinceridad espiritual, no logran avanzar en ciertas áreas. No es falta de deseo, ni de compromiso, sino de transformación. La mente sigue respondiendo a un sistema que ya no corresponde con su nueva identidad.

El problema no es querer vivir el Reino; el problema es intentar hacerlo con herramientas viejas. Es pretender manifestar una vida nueva con una mente que no ha sido renovada. Y eso inevitablemente genera desgaste, confusión y, en muchos casos, desánimo.

Jesús mismo enseñó este principio cuando dijo: ***“Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen” (Mateo 9:17)***. El vino nuevo representa la vida

del Reino dentro de los parámetros del Nuevo Pacto, pero los odres hablan de la estructura que lo contiene. Si la mente no es renovada, no puede sostener la realidad espiritual que Dios quiere impartir.

Este conflicto interno también afecta la manera en que se lidera. Un líder que no ha resuelto esta tensión transmite confusión. Puede enseñar principios de Reino, pero modelar una vida de limitación. Puede hablar del Nuevo Pacto y mezclar conceptos del Antiguo Testamento. Puede hablar de fe, pero vivir con temor. Y esa incoherencia termina formando creyentes con la misma división interna.

Por eso, la transformación de la mente no es opcional, es esencial. No es un complemento de la vida cristiana, es una condición para poder vivirla plenamente. Sin renovación, el Reino se convierte en teoría. Con renovación, se vuelve experiencia.

Es importante entender que este proceso no ocurre por acumulación de información, sino por revelación y práctica. No se trata solo de saber más, sino de pensar diferente. Y eso implica confrontar estructuras, cuestionar creencias arraigadas y permitir que el Espíritu Santo reordene el interior.

El conflicto interno no debe ser ignorado ni justificado. Debe ser reconocido y tratado. Porque mientras permanezca activo, limitará el acceso a la plenitud que Dios ha diseñado.

Sin embargo, hay esperanza. Este conflicto no es permanente. Es una etapa, no un destino. Es parte del proceso de transición entre una vida gobernada por la carne y una vida guiada por el Espíritu.

Pablo lo resume de manera clara: ***“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5).*** La clave está en qué sistema gobierna el pensamiento.

Vivir el Reino no es solo una cuestión de fe, sino de mentalidad. Y mientras la mente siga anclada en la vieja manera de pensar, la vida no podrá alinearse completamente con la nueva realidad. Por eso, el llamado no es solo a creer más, sino a pensar diferente.

Porque el Reino no se manifiesta plenamente en quien solo ha cambiado su confesión, sino en quien ha sido transformado en su manera de pensar.

El conflicto interno Capítulo 5 aplicación

Reflexión:

¿En qué áreas decimos creer algo, pero vivimos por debajo de esos dichos?

¿Realmente tenemos un Dios más grande en la Biblia que en nuestras propias vidas? ¿Admiramos a nuestros héroes de la fe y nos sentimos menos ante ellos? ¿Dónde hay incoherencia entre nuestra fe y nuestras decisiones?

Activación:

Elijamos un área donde estemos viviendo en contradicción y analicemos los motivos. Comprendamos que en la mayoría de las oportunidades no desconocemos esas áreas, sin embargo, continúan existiendo. Determinemos hacer algo al respecto.

Tomemos decisiones concretas alineadas con el Reino, no procuremos el consejo de hombres, por sobre el de Dios.

Oración guiada:

Señor, no queremos vivir divididos en nuestro interior. Trae unidad a nuestro ser con Tu Espíritu Santo. Alinea nuestra fe con nuestra manera de vivir, y nuestro ser con la verdad que nos habita. Que lo que creemos se refleje en cada decisión que tomemos. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

PARTE III

PARADIGMAS QUE BLOQUEAN LA ABUNDANCIA

Capítulo seis

LA RELIGIOSIDAD Y LA ESCASEZ

“La mente dominada por la carne es muerte, pero la mente dominada por el Espíritu es vida y paz.”

Romanos 8:6 VLS

Uno de los obstáculos más profundos para vivir la abundancia del Reino no proviene del mundo, sino de estructuras religiosas que, con apariencia de piedad, han normalizado la escasez como si fuera una virtud espiritual. A lo largo del tiempo, se ha instalado una forma de pensar que asocia la falta con santidad, la carencia con humildad y la limitación con fidelidad a Dios. Sin embargo, estas ideas, aunque extendidas, no encuentran sustento en el carácter de Dios revelado en las Escrituras.

La religiosidad tiene la capacidad de distorsionar la verdad sin negarla completamente. No siempre se presenta como un rechazo abierto a la abundancia, sino como una sospecha hacia ella. Se acepta que Dios puede bendecir, pero se teme que esa bendición desvíe el corazón. Se habla de

provisión, pero se evita enseñar sobre plenitud. Se predica fe, pero se vive con una expectativa baja.

Este sistema produce creyentes que, aun amando a Dios, sienten incomodidad frente a la abundancia. Cuando alguien prospera, se genera una tensión interna: ¿será correcto?, ¿no se estará desviando?, ¿no será peligroso tener demasiado? Así, sin darse cuenta, la mente se programa para rechazar aquello que Dios no ha prohibido.

Pablo advierte sobre este tipo de distorsión cuando habla de *“apariencia de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo”* (Colosenses 2:23). Es una espiritualidad que parece profunda, pero que en realidad no tiene poder para transformar. Se enfoca en lo externo, en lo visible, pero no en el corazón de Dios.

La religiosidad muchas veces exalta el sacrificio, pero desconectado del propósito. Presenta la renuncia como fin en sí mismo, en lugar de verla como un medio para alinearse con el Reino. Así, se genera una cultura donde cuanto menos se tiene, más espiritual se considera a la persona, como si la escasez fuera evidencia de consagración.

Sin embargo, esta idea contradice el testimonio bíblico. Abraham fue bendecido en gran manera (**Génesis 24:1**), Isaac prosperó en tiempos de escasez (**Génesis 26:12-13**), y David vivió en abundancia como resultado de su relación con Dios (**1 Crónicas 29:28**). Ninguno de ellos fue

menos espiritual por tener recursos; por el contrario, supieron administrarlos bajo el gobierno de Dios.

El problema nunca ha sido la abundancia, sino el corazón que la gestiona. Pero la religiosidad, en lugar de formar corazones maduros, prefiere evitar el tema, como si ignorarlo fuera una forma de proteger la santidad. Esto no solo limita a los creyentes, sino que también empobrece la manifestación del Reino en la tierra.

Otro aspecto de esta mentalidad es el miedo a enseñar sobre abundancia por temor a caer en extremos. Y aunque es cierto que existen desviaciones, como el materialismo disfrazado de fe, la solución no es el silencio, sino la enseñanza correcta. No se corrige un error creando otro, sino estableciendo la verdad con equilibrio.

Jesús nunca glorificó la escasez. Vivió dependiendo del Padre, pero nunca promovió la falta como modelo espiritual. Cuando fue necesario, multiplicó los recursos. Cuando enseñó a sus discípulos, los envió confiando en la provisión de Dios. Y cuando habló del Reino, lo comparó con crecimiento, expansión y fruto abundante (**Mateo 13**).

La religiosidad, en cambio, tiende a reducir, a limitar, a contener. Se siente más cómoda en estructuras controladas, donde todo es previsible y medido. La abundancia, al ser expansiva, desafía ese control. Por eso, muchas veces se la evita, no por falta de fundamento, sino por falta de comprensión.

Yo comprendo perfectamente el daño que ha producido quienes han utilizado el mensaje de prosperidad para enriquecimiento personal o abuso de poder, pero debo ser claro en esto. El mal uso de algo no descalifica bajo ningún punto la verdad que contiene. Ciertamente Dios desea el bienestar de su pueblo. Esto no implica riqueza por vanidad, sino abundancia por propósito.

Es lamentable que algunos, se aferren a algunos malos ejemplos para arruinar y criticar, metiendo a todos en la misma bolsa. Mentalidad de bolsa, nunca será sabiduría espiritual. Es más, la mayoría de los que critican o se quejan, no han sido dadores del Reino, sino más bien tacaños que aprovechan la situación para justificar sus avaras actitudes.

La religiosidad es un refugio absurdo para los que están llenos de temor. Se esconden criticando porque tienen miedo de gobernar situaciones, o en este caso recursos. Y está bien, al final, cuando no se vive con revelación y la espiritualidad es deficiente, es mejor no tener, para no ser gobernados por aquello que se debe gobernar.

Es importante entender que esta mentalidad de religiosidad, que rechaza la abundancia, no siempre es consciente. Muchos líderes han sido formados en estos paradigmas y los transmiten sin intención de dañar. Han aprendido a ver la escasez como parte normal de la vida cristiana, y desde allí enseñan, aconsejan y lideran. Estos ven el tener como algo mundano y vanidoso, cuando en realidad

la buena administración debería ser la evidencia una sabiduría espiritual bien aplicada.

Pero si el liderazgo no es transformado, la iglesia tampoco lo será. Porque todo líder transmite una mentalidad, aun sin proponérselo. Y si esa mentalidad está limitada por la religiosidad, la comunidad que lidera vivirá bajo ese mismo techo.

Jesús confrontó constantemente este tipo de estructuras. No porque despreciara la ley, sino porque denunciaba su uso distorsionado. ***“Invalidáis la palabra de Dios con vuestra tradición” (Marcos 7:13)***. La tradición, cuando no es examinada, puede convertirse en un obstáculo para la verdad.

Por eso, es necesario revisar con honestidad qué creencias hemos adoptado sin cuestionar. No todo lo que hemos recibido refleja correctamente el corazón de Dios. Y si queremos formar una mentalidad de Reino, debemos estar dispuestos a soltar aquello que, aunque parezca espiritual, no lo es.

La abundancia no es el enemigo de la santidad. La falta de transformación sí lo es. Porque un corazón no renovado puede corromperse tanto en la escasez como en la abundancia. Pero un corazón alineado con Dios sabrá vivir correctamente en cualquier contexto.

Pablo lo expresa con equilibrio: ***“Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia... todo lo puedo en aquel que me fortalece”*** (Filipenses 4:12 y 13). Aquí no hay glorificación de la escasez ni idolatría de la abundancia, sino madurez espiritual. La clave no está en la condición externa, sino en la relación con Dios.

Romper con la religiosidad que glorifica la escasez es un paso fundamental para entrar en la plenitud del Reino. No se trata de buscar tener más, sino de dejar de pensar limitado. Dejar de asociar la falta con la espiritualidad y comenzar a ver la abundancia como una expresión posible del gobierno de Dios.

Porque mientras la mente siga atrapada en paradigmas religiosos, la vida no podrá reflejar el diseño original. Y el Reino no fue diseñado para manifestarse en la limitación, sino en la plenitud de Aquel que lo gobierna.

“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”

Gálatas 2:21

La religiosidad y la escasez
Capítulo 6 aplicación

Reflexión:

¿Generalmente asociamos la escasez con la espiritualidad o la santidad en nuestras vidas?

¿Tenemos prejuicios contra la abundancia? ¿Cuándo vemos a un cristiano sumamente próspero, nos molesta o aceptamos con alegría que sea así?

¿Tenemos miedo a las riquezas, o creemos que podemos gobernarlas sin problema?

Activación:

Escribamos creencias que hayamos aprendido sobre dinero o abundancia. Notemos las contradicciones.

Comparemos las enseñanzas o los conceptos financieros que aprendimos en la Iglesia, con los conceptos del sistema que nos rodea.

Filtremos cada enseñanza a la luz de la Palabra.

Oración guiada:

Padre, libranos de toda religiosidad capaz de distorsionar Tu verdad en nuestros corazones. Queremos conocerte como realmente eres y pensar con Tu mente de abundancia. No queremos pecar por codicia, pero tampoco por permanecer en nuestras limitaciones. Rompe en nosotros todo paradigma incorrecto. En el nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo siete

EL TEMOR AL RECURSO Y ALGOBIERNO

“Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas”.

Proverbios 3:5 y 6

Uno de los bloqueos más silenciosos, pero más determinantes en la vida del creyente, es el temor al recurso. No se trata simplemente de no tener, sino de una resistencia interna a recibir, administrar y gobernar sobre lo que Dios quiere entregar. Este temor muchas veces no es consciente, pero se manifiesta en decisiones, actitudes y limitaciones que frenan el crecimiento.

A primera vista, podría parecer que todos desean abundancia. Sin embargo, en lo profundo, muchos le temen. Porque la abundancia implica responsabilidad, exposición y madurez. Tener recursos no solo amplía posibilidades, también revela el estado del corazón. Y cuando la identidad

no está firme, el alma prefiere mantenerse en un nivel donde no tenga que rendir cuentas mayores.

La parábola de los talentos expone con claridad esta realidad. El siervo que recibió uno no lo perdió por incapacidad, sino por temor. ***“Tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra” (Mateo 25:25)***. No fue la falta de recurso lo que lo limitó, sino su percepción distorsionada. Veía a su señor como alguien duro, exigente, y desde esa imagen incorrecta, eligió no administrar.

Aquí se revela un principio profundo: la manera en que percibimos a Dios determina la manera en que gestionamos lo que recibimos. Si lo vemos como alguien que demanda sin dar, nos paralizaremos. Si lo vemos como fuente abundante, responderemos con confianza.

El temor al recurso también está conectado con el temor al gobierno. Porque en el Reino, recibir siempre está ligado a administrar. Dios no entrega para acumular, sino para gobernar. Y gobernar implica tomar decisiones, asumir responsabilidades, influir sobre otros y rendir cuentas.

Muchos creyentes desean bendición, pero no gobierno. Quieren provisión, pero no responsabilidad. Anhelan resultados, pero evitan procesos. Sin embargo, en el diseño del Reino, ambas cosas están unidas. ***“Al que tiene, le será dado... y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” (Mateo 25:29)***. No se trata de injusticia, sino de capacidad de administración.

La mentalidad de esclavo rechaza el gobierno porque ha sido formada en la dependencia pasiva. Espera recibir, pero no está dispuesta a gestionar. Se siente más cómoda obedeciendo órdenes que tomando decisiones. Pero el Reino no forma esclavos, forma hijos. Y el hijo no solo recibe, también representa, administra y gobierna.

Pablo lo expresa de manera clara: ***“Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”*** (Gálatas 4:7). El heredero no vive para subsistir, sino para administrar lo que le ha sido confiado. Pero para caminar en esa identidad, es necesario romper con el temor.

El temor al recurso también puede manifestarse como autosabotaje. Personas que, cuando comienzan a crecer, retroceden. Cuando reciben oportunidades, las evitan. Cuando Dios abre puertas, dudan. No porque no quieran avanzar, sino porque internamente no se sienten preparados para sostener lo que viene.

Este es un indicador de una identidad no afirmada. Porque cuando alguien sabe quién es en Dios, no teme lo que Dios le confía. Entiende que la capacidad no proviene de sí mismo, sino de la gracia que opera en él. ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”*** (2 Corintios 12:9).

Otro aspecto importante es el miedo a “tener” por temor a desviarse. Algunos han visto ejemplos de personas

que, al recibir recursos, se alejaron de Dios. Y en lugar de corregir el corazón, concluyen que es mejor no tener. Así, establecen una barrera interna que limita lo que Dios quiere hacer.

Pero la solución no es evitar la abundancia, sino formar un corazón correcto. Porque el problema no es el recurso, sino la falta de madurez para administrarlo. El dinero, la influencia, las oportunidades, no corrompen por sí mismos; solo amplifican lo que ya está en el interior.

Por eso, Dios no solo quiere bendecir, quiere formar. No solo desea entregar, quiere capacitar. Porque la verdadera abundancia no está en lo que se recibe, sino en la capacidad de gestionarlo conforme al Reino.

El temor también se manifiesta en la incapacidad de asumir autoridad. Gobernar implica tomar posición, ejercer dominio, establecer orden. Pero muchos evitan esto por inseguridad, por miedo al error o al rechazo. Prefieren mantenerse en un nivel bajo antes que exponerse al peso del liderazgo.

Sin embargo, el diseño original nunca fue pasividad. Desde el principio, el hombre fue llamado a gobernar: ***“Fructificad y multiplicaos... y señoread”*** (Génesis 1:28). Este mandato no fue anulado, fue restaurado en Cristo. Pero para vivirlo, es necesario vencer el temor.

El temor al recurso y al gobierno no se resuelve acumulando más, sino renovando la mente y afirmando la identidad. Es entender que no somos dueños, sino administradores. Que no se nos pide perfección, sino fidelidad. Que no caminamos solos, sino guiados por el Espíritu Santo.

Cuando este temor es confrontado, el creyente comienza a abrirse a una nueva dimensión. Deja de resistir lo que Dios quiere darle y empieza a prepararse para administrarlo. Ya no ve el recurso como una carga, sino como una oportunidad de manifestar el Reino.

Porque en el Reino, tener no es el problema. El problema es no estar preparado para lo que se tiene. Y Dios, en Su gracia, no solo quiere darte más, quiere hacerte capaz de sostenerlo.

“¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre; y él les tiene contados a ustedes aun los cabellos de la cabeza. Así que no tengan miedo; ustedes valen más que muchos gorriones.”

Mateo 10:29 al 31 PDT

Temor al recurso
Capítulo 7 aplicación

Reflexión:

¿Le tenemos temor a crecer, a tener más, a asumir responsabilidades, a gobernar recursos?

¿Estamos evitando oportunidades por causa del miedo?

¿Somos de los que pensamos que es mejor poco en cantidad que mucho pecando, o creemos que se puede tener sin pecar?

Activación:

Demos un paso concreto hacia una responsabilidad determinada. Enfrentemos aquellas cosas que tal vez hemos estado evitando.

Tratemos de activar nuestra imaginación y preguntémonos ¿Qué haríamos si tuviéramos más recursos financieros de los que tenemos?

Oración guiada:

Señor, renunciamos al temor. Recibimos la valentía que viene de Ti. Haznos capaces de administrar lo que quieres darnos. Quita todo temor de nuestra mente y de nuestro corazón, que podamos pensar y obrar con valentía para recibir todo lo que Tú tienes para nuestra vida. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo ocho

EL EGO DISFRAZADO DE NECESIDAD

*“Que nadie busque sus propios intereses,
sino los del prójimo.”*

1 Corintios 10:24

No toda búsqueda de abundancia nace del Espíritu. Esta es una de las verdades más necesarias, y a la vez más incómodas, que el creyente debe enfrentar. Porque, así como existe una mentalidad de escasez que limita, también existe una motivación incorrecta que distorsiona la abundancia. Y en muchos casos, esa distorsión no se presenta como ambición evidente, sino como una aparente necesidad legítima.

El ego tiene una capacidad notable: puede disfrazarse de necesidad espiritual. Puede tomar lenguaje de fe, adoptar formas piadosas y aun así seguir siendo el centro de gobierno interno. Así, lo que parece una búsqueda de provisión puede, en realidad, ser una búsqueda de validación, de reconocimiento o de seguridad personal.

La Escritura advierte sobre esto con claridad: ***“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3)***. Aquí no se cuestiona el acto de pedir, sino la motivación detrás de ese pedido. No todo lo que se desea está alineado con el propósito de Dios, aunque se exprese en términos espirituales.

El ego no siempre busca exceso; muchas veces busca control. Quiere asegurarse, sentirse suficiente, evitar la vulnerabilidad. Y en ese intento, utiliza los recursos como medio para sostener una identidad que no ha sido afirmada en Dios. Así, el “tener” deja de ser una herramienta del Reino y se convierte en un sustituto de la identidad.

Cuando el ego gobierna, la abundancia se distorsiona. Ya no se busca para administrar, sino para afirmar el “yo”. Se desea tener más no para expandir el Reino, sino para sentirse más seguro, más importante o aceptado. Y aunque esto no siempre se exprese abiertamente, se manifiesta en decisiones, prioridades y actitudes.

Jesús confronta esta raíz cuando habla del hombre que acumuló bienes y dijo: ***“Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate” (Lucas 12:19)***. La respuesta de Dios es contundente: ***“Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma”***. El problema no era la abundancia, sino el enfoque centrado en sí mismo.

El ego convierte la abundancia en un fin, cuando en realidad es un medio. La transforma en identidad, cuando debería ser una herramienta. Y en ese proceso, se pierde el propósito original: reflejar el carácter de Dios a través de una vida generosa y alineada con el Reino.

También existe lo que podríamos llamar “codicia espiritual”. No es la búsqueda de cosas materiales en sí, sino el deseo de obtener beneficios espirituales sin una transformación real. Se quiere poder, influencia, reconocimiento, crecimiento, pero sin pasar por el proceso de formación que Dios establece.

Simón el mago es un ejemplo claro de esto. Al ver el poder del Espíritu, ofreció dinero para obtener esa capacidad. Pedro le responde: ***“Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero... porque tu corazón no es recto delante de Dios”*** (Hechos 8:20 y 21). El problema no era el deseo de poder, sino el corazón que lo motivaba.

El ego también puede operar en la forma en que se percibe la necesidad. Hay necesidades reales, pero cuando el ego las toma, las amplifica, las dramatiza o las convierte en el centro de la vida. Todo gira en torno a “lo que me falta”, “lo que necesito”, “lo que aún no tengo”. Y desde allí, se construye una relación con Dios basada en la demanda constante.

Esto genera una espiritualidad centrada en el “recibir”, donde Dios es visto como proveedor de soluciones, pero no como Señor que transforma. La oración se convierte en una lista de pedidos, y la fe en una herramienta para obtener resultados, más que en una relación de confianza y dependencia.

Jesús enseñó un principio que confronta directamente esta mentalidad: ***“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (Mateo 6:33). Aquí se establece un orden. No se niegan las necesidades, pero se las ubica en el lugar correcto. El enfoque no debe estar en lo que se quiere obtener, sino en el Reino que se quiere manifestar.

Cuando el Reino es la prioridad, las motivaciones se ordenan. El ego pierde espacio, y el corazón comienza a alinearse con el propósito de Dios. Entonces, la abundancia deja de ser una meta personal y se convierte en una consecuencia de una vida rendida.

El problema del ego disfrazado de necesidad es que puede pasar desapercibido. No genera rechazo inmediato, porque no parece incorrecto. Pero en el tiempo, produce frustración, insatisfacción y desvío. Porque nunca alcanza. Siempre falta algo. Siempre hay un nuevo nivel que lograr para sentirse completo.

Pero la plenitud no se encuentra en lo que se tiene, sino en quién gobierna el corazón. Y cuando es Dios quien ocupa

ese lugar, la necesidad deja de ser el motor, y el propósito toma su lugar.

La verdadera libertad no es tener todo lo que se desea, sino no estar gobernado por el deseo. Es poder recibir sin depender, dar sin perder, vivir sin ansiedad. Es tener una identidad tan afirmada en Dios que los recursos no la definen ni la sostienen.

Por eso, antes de buscar abundancia, es necesario examinar el corazón. No con condenación, sino con honestidad. Preguntarse: ¿desde dónde estoy deseando esto? ¿Qué lugar ocupa en mi vida? ¿Estoy buscando reflejar a Dios o afirmarme a mí mismo?

Porque el Reino no se construye sobre necesidades disfrazadas, sino sobre corazones rendidos. Y solo cuando el ego deja de gobernar, la abundancia puede fluir correctamente.

“Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes.”

1 Pedro 5:7

El ego disfrazado Capítulo 8 aplicación

Reflexión:

¿Somos de esas personas que dicen no querer nada material, sabiendo que hay tanta necesidad en el mundo y que podríamos ayudar a muchas personas, así como contribuir a la extensión del Reino?

¿No queremos la abundancia, o cual es el motivo por el cual la deseamos? ¿Estamos buscando propósito o validación?

Activación:

Evaluemos una meta personal y redefinamos nuestro propósito desde una mentalidad de Reino.

Analicemos si es mejor observar a los necesitados o ayudarlos con lo que necesiten. Enfrentemos los pensamientos de mezquindad y egocentrismo si es que los tenemos. ¿Cómo desea Dios que pensemos al respecto?

Oración guiada:

Padre, examina nuestro corazón. Quita todo ego disfrazado de necesidad. Que nuestra vida no gire en torno a nosotros, sino que podamos pensar en el prójimo y en Tu propósito. Ayúdanos a comprender que el poder del sistema global es el dinero y sin dinero estaremos limitados para la expansión. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo nueve

DE LA PROVISIÓN A LA BENDICIÓN

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:19

Una de las diferencias más determinantes en la vida del creyente no está en cuánto recibe, sino en cómo interpreta lo que Dios hace. Muchos viven esperando provisión, pero pocos entienden la dimensión de la bendición. Y aunque ambas cosas provienen de Dios, no son lo mismo ni producen el mismo tipo de vida.

La provisión responde a una necesidad; la bendición responde a un propósito. La provisión sostiene, pero la bendición expande. La provisión alcanza para el momento; la bendición trasciende el tiempo y genera impacto. Cuando alguien vive solo en mentalidad de provisión, su enfoque está limitado al “tener lo suficiente”. Pero cuando entra en la mentalidad de bendición, comienza a vivir para “manifestar lo que Dios quiere hacer”.

Jesús enseña esto claramente cuando habla del afán. *“No os afanéis, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos...? Porque vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas”* (Mateo 6:31 y 32). Aquí se afirma que Dios provee. Pero inmediatamente eleva el nivel: *“Buscad primeramente el Reino de Dios... y todas estas cosas os serán añadidas”* (Mateo 6:33). Es decir, no vivan enfocados en la provisión, vivan enfocados en el Reino.

La mentalidad de provisión mantiene al creyente en un ciclo constante de necesidad. Siempre está esperando la próxima respuesta, el próximo recurso, la próxima intervención. Vive dependiendo del “día a día”, como alguien que sobrevive, aunque sea sostenido por Dios. No hay descanso pleno, porque siempre hay algo que falta resolver.

El pueblo de Israel en el desierto es un ejemplo claro. Cada día recibían maná, pero nunca podían acumularlo. Vivían en provisión diaria, pero sin entrar en la tierra de la promesa, donde fluía leche y miel (**Éxodo 16**). La provisión los sostenía, pero no los establecía. Era suficiente para sobrevivir, pero no para gobernar.

La mentalidad de bendición, en cambio, cambia completamente la perspectiva. No niega la provisión, pero no se detiene en ella. Entiende que Dios no solo quiere suplir necesidades, sino establecer a Su pueblo en una dimensión de fruto, expansión y herencia.

“Y te bendeciré... y serás bendición” (Génesis 12:2).

Esta declaración a Abraham revela el corazón de Dios. No se trata solo de dar, sino de formar a alguien que pueda transmitir. La bendición no termina en quien la recibe; fluye hacia otros. Es un principio de Reino: todo lo que viene de Dios tiene un propósito mayor que el individuo.

Cuando alguien vive en mentalidad de bendición, deja de preguntarse solamente “¿qué necesito?” y comienza a preguntarse “¿para qué Dios me está dando esto?”. El enfoque cambia de consumo a administración, de supervivencia a propósito, de escasez a expansión.

Esto también afecta la manera en que se perciben los recursos. En la mentalidad de provisión, todo se mide en función de si alcanza o no. En la mentalidad de bendición, se discierne cómo se puede multiplicar, cómo se puede sembrar, cómo se puede usar para avanzar el Reino.

Jesús lo ilustra en la parábola de los talentos (**Mateo 25:14 al 30**). Los siervos que entendieron la lógica del Reino multiplicaron lo que recibieron. No se limitaron a conservar, sino que expandieron. El que pensó en términos de pérdida, escondió lo que tenía. La diferencia no fue el recurso, fue la mentalidad.

La mentalidad de provisión también puede limitar la fe. Porque se enfoca en lo inmediato, en lo urgente, en lo necesario. Ora para resolver situaciones, pero no

necesariamente para alinearse con el propósito eterno. La fe se vuelve reactiva, no proactiva.

En cambio, la mentalidad de bendición vive con una visión más amplia. No solo cree para recibir, cree para manifestar. No solo espera intervención, se prepara para administración. Entiende que Dios no solo responde oraciones, también establece procesos.

Otro aspecto importante es que la mentalidad de provisión puede generar conformismo. Si “alcanza”, entonces parece suficiente. Pero el Reino no está diseñado para mantenerse, sino para expandirse. No se trata de ambición humana, sino de responder al diseño de Dios.

Pablo lo expresa cuando dice: *“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria” (Filipenses 4:19)*. Esto es provisión. Pero el mismo Pablo también habla de *“abundar para toda buena obra” (2 Corintios 9:8)*. Esto es bendición. No solo suplir, sino capacitar para hacer más.

La bendición, entonces, no es acumulación, es capacidad. Es el poder de Dios operando en la vida del creyente para que pueda cumplir Su propósito. Incluye recursos, pero no se limita a ellos. Incluye favor, gracia, oportunidades, sabiduría y todo lo necesario para manifestar el Reino.

Cuando esta mentalidad se establece, la vida cambia de enfoque. Ya no se vive preocupado por lo que falta, sino comprometido con lo que Dios quiere hacer. Ya no se mide la vida por lo que se recibe, sino por lo que se imparte.

Esto no elimina la dependencia de Dios, la profundiza. Porque el que vive en bendición entiende que todo proviene de Él, pero también que todo tiene un propósito en Él. No hay lugar para el orgullo, porque no hay mérito propio. Y no hay lugar para el temor, porque la fuente es segura.

Pasar de la mentalidad de provisión a la mentalidad de bendición es un paso clave en la transformación. Es dejar de vivir para el día a día y comenzar a vivir desde la eternidad. Es salir de la lógica de la escasez, aun cuando haya provisión, y entrar en la lógica del Reino.

Porque Dios no solo quiere que tengamos lo necesario. Quiere que vivamos de tal manera que Su bendición fluya a través de nuestra vida y transforme todo lo que toquemos.

***“La bendición de Jehová es la que enriquece,
y no añade tristeza con ella.”***
Proverbios 10:22

Provisión vs bendición

Capítulo 9 aplicación

Reflexión:

¿Estamos viviendo solo para cubrir necesidades o para cumplir propósito?

¿Es mejor que los recursos estén en manos de los impíos que los utilizan para sus maldades, o deberían estar en manos de los justos?

¿Tener lo básico es la idea de Dios, o lo ideal sería tener todos los recursos necesarios para plasmar proyectos del Reino?

Activación:

Tomemos algo que tengamos y usémoslo intencionalmente para bendecir a otros. Pongamos a prueba nuestra generosidad. No desde el entusiasmo, sino desde el gobierno divino. Preguntémosle al Espíritu Santo qué quiere que demos y a quién quiere que se lo entreguemos.

Meditemos en lo que implica ser dadores alegres.

Oración guiada:

Señor, no queremos vivir solo en provisión, te pedimos que nos lleves hacia la dimensión de Tu bendición. Haznos canales de esta para muchos. Que la gente, al tratar con nosotros, considere al Dios que nos provee para actuar con generosidad, al dueño de nuestro corazón. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

PARTE IV

EL PROCESO DE TRANSFORMACIÓN

Capítulo diez

LA REVELACIÓN COMO INICIO DEL CAMBIO

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”

1 Corintios 2:14

Todo cambio genuino en el Reino de Dios comienza con revelación. No con información, no con esfuerzo humano, no con disciplina externa, sino con una iluminación interna que transforma la manera en que se ve la realidad a través de las cosas espirituales. Porque mientras algo no es visto correctamente, no puede ser vivido correctamente.

La revelación es más que entender un concepto; es ver con claridad espiritual lo que antes estaba oculto o distorsionado. Es cuando una verdad deja de ser teoría y se convierte en convicción. Y esa convicción tiene poder para reordenar pensamientos, decisiones y actitudes.

Jesús le dice a Pedro: **“Bienaventurado eres... porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:17)**. Pedro no llegó a esa verdad por razonamiento, sino por revelación. Y sobre esa revelación, Jesús dice que edificaría Su iglesia. Es decir, el fundamento del Reino no es la acumulación de conocimiento, sino la revelación divina.

Este principio es fundamental para entender por qué muchas personas, aun escuchando enseñanzas correctas, no experimentan transformación. Porque pueden recibir información sin recibir revelación. Pueden comprender con la mente, pero no ver con el espíritu, porque la información educa, pero solo la revelación transforma.

En el contexto de la abundancia, esto es crucial. Se puede enseñar sobre provisión, sobre bendición, sobre el carácter de Dios, pero si no hay revelación, la mente seguirá operando bajo los mismos paradigmas. Se puede repetir “Dios es abundante”, pero vivir como si todo fuera escaso. Por eso, el inicio del cambio no está en hacer más, sino en ver diferente.

Pablo ora por esto cuando dice: **“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento” (Efesios 1:18)**. No está pidiendo más datos, sino luz. Porque cuando la luz entra, la oscuridad pierde su dominio. Y muchas de las limitaciones que el creyente enfrenta no son falta de recursos, sino falta de revelación.

La revelación también está profundamente ligada al Espíritu Santo. Jesús dijo: **“Él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13)**. El Espíritu no solo enseña, revela. No solo informa, ilumina. Toma lo que es de Dios y lo hace visible en el interior del creyente.

Esto implica que la transformación no es un proceso meramente intelectual, sino espiritual. No se logra solo leyendo, escuchando o estudiando, aunque todo eso es importante. Se produce cuando el Espíritu toma la verdad y la imprime en el corazón.

Por eso, hay momentos en los que una verdad conocida por años de repente “se abre”. Algo hace clic. Lo que antes parecía lejano ahora se vuelve claro, cercano, real. Y desde ese momento, ya no se puede volver a pensar igual. Ese es el poder de la revelación.

También es importante entender que la revelación despierta hambre. Cuando alguien ve algo de Dios, quiere más. No se conforma con lo que ya sabe, sino que comienza a buscar con mayor intensidad. La revelación no produce pasividad, produce deseo.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6). El hambre espiritual no es debilidad, es una señal de vida. Y es en ese contexto donde Dios sigue revelándose. Algunos pretenden obtener revelación, porque han escuchado de los beneficios que da, o porque tienen curiosidad, pero en

realidad no tienen hambre y sed de justicia, por eso tampoco obtienen revelación.

La revelación requiere disposición. Dios no impone luz sobre una mente cerrada. Es necesario un corazón enseñable, humilde, dispuesto a dejarse confrontar. Porque muchas veces, lo que Dios revela contradice lo que uno ha creído por años.

Y aquí es donde muchos se detienen. Prefieren sostener sus estructuras antes que permitir que la verdad las derribe. Pero sin ese proceso, no hay transformación real. La revelación no viene a decorar la mente, viene a reordenarla. Es verdad que algunos están dispuestos a la revelación, pero no me refiero a una disposición pasiva; lo que necesitamos es verdadero deseo, incluso una firme pasión por obtener más conocimiento de Dios.

En el camino hacia una mentalidad de abundancia, la revelación cumple un rol central. Es lo que permite ver a Dios correctamente, entender Su naturaleza, y reconocer que la escasez no forma parte de Su diseño. Es lo que rompe con paradigmas religiosos, con temores internos y con distorsiones aprendidas.

Pero la revelación también es progresiva. No todo se ve de una vez. Dios va mostrando en la medida en que el corazón está preparado para recibir. Por eso, el proceso no debe ser apresurado, sino sostenido en una búsqueda constante.

Además, la revelación debe ser cuidada. No basta con recibirla; es necesario guardarla, meditarla, aplicarla. Porque si no se hace, se diluye. Jesús habló de esto en la parábola del sembrador: la semilla puede ser buena, pero si no encuentra tierra adecuada, no produce fruto (**Mateo 13:18 al 23**).

La revelación es semilla. Y el corazón es la tierra. Cuando esa semilla es recibida con fe, protegida y cultivada, comienza a dar fruto. Primero interno, luego visible. Cambia la manera de pensar, de hablar, de decidir. Y con el tiempo, cambia la manera de vivir.

Por eso, no hay transformación sin revelación. Y no hay revelación sin una comunión profunda con Dios. El cambio no comienza cuando decidimos mejorar, sino cuando Dios nos permite ver. Y cuando los ojos se abren, la vida ya no puede seguir igual.

“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.”

Jeremías 33:3

La revelación
Capítulo 10 aplicación

Reflexión:

¿Estamos acumulando información o recibiendo revelación?
¿Al leer materiales como estos, o al escuchar mensajes de abundancia, entramos en acuerdos mentales, o sentimos que se nos hace luz la Palabra de verdad?

¿Cuándo realizamos un acto de fe, ayudando o sembrando, lo hacemos con fe por causa de la revelación, o solo lo ejecutamos en obediencia?

Activación:

Dediquemos un tiempo a orar pidiendo luz sobre la verdad respecto de las finanzas. Hoy en día mucha gente critica y expone el tema en las redes sociales. No nos escudemos detrás de opiniones que nos benefician, preguntémosle al Señor respecto de Su voluntad. Que nos otorgue convicción.

Oración guiada:

Amado Padre celestial, te pedimos que Tu precioso Espíritu Santo, abra los ojos de nuestro entendimiento, para ver lo que antes no veíamos. Que podamos comprender con sabiduría, cual es la verdad que se oculta detrás de tanta crítica a la prosperidad. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo once

RENOVANDO EL ENTENDIMIENTO

“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.”

Romanos 12:2

La revelación marca el inicio del cambio, pero la renovación del entendimiento es lo que lo establece. Ver algo de parte de Dios abre una puerta, pero es necesario atravesarla y habitar en esa nueva manera de pensar. De lo contrario, la experiencia queda como un momento aislado, sin producir transformación sostenida.

Pablo lo expresa con precisión al decir que debemos renovar nuestro entendimiento. Aquí no se habla de un evento puntual, sino de un proceso continuo. La palabra “renovación” implica reemplazo, sustitución, cambio de estructura. No se trata de mejorar la vieja manera de pensar, sino de desmantelarla y construir una nueva conforme al Reino.

Este es uno de los mayores desafíos para el creyente: dejar de pensar como siempre pensó. Porque la mente no cambia automáticamente al recibir revelación. Tiene hábitos, patrones, asociaciones formadas a lo largo del tiempo. Y esos patrones siguen operando si no son confrontados intencionalmente.

Por eso, muchas veces una persona puede haber recibido una verdad poderosa, pero seguir reaccionando de la misma manera ante las circunstancias. No porque no crea, sino porque su mente aún no ha sido entrenada para sostener esa nueva perspectiva.

Renovar el entendimiento implica, entonces, un trabajo consciente. No desde el esfuerzo humano independiente, sino en cooperación con el Espíritu Santo. Es permitir que la verdad de Dios reemplace sistemáticamente las estructuras mentales antiguas.

Pablo también lo describe así: ***“Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”*** (2 Corintios 10:5). Aquí se revela que la mente es un campo de batalla. No en el sentido de lucha constante, sino en el sentido de confrontación de sistemas.

Los “argumentos” no son solo ideas aisladas, sino estructuras completas de pensamiento. Creencias arraigadas que determinan cómo se interpreta la vida. Y muchas de esas

creencias no están alineadas con el Reino, aunque parezcan lógicas o incluso espirituales.

Por ejemplo, alguien puede haber creído por años que “no alcanza”, que “es mejor no tener mucho”, que “los recursos son peligrosos”. Aunque reciba revelación sobre la abundancia, esos argumentos internos seguirán activándose hasta que sean reemplazados.

Renovar el entendimiento implica identificar esas voces internas y someterlas a la verdad. No ignorarlas, no reprimirlas, sino confrontarlas. Preguntarse: ¿esto que pienso refleja el carácter de Dios? ¿Está alineado con Su Palabra? ¿Proviene del Espíritu o de la vieja naturaleza?

Este proceso también involucra el lenguaje. Porque lo que se piensa se expresa, y lo que se expresa refuerza lo que se piensa. Por eso, renovar la mente incluye aprender a hablar conforme al Reino. No como una fórmula, sino como una consecuencia de una nueva manera de ver.

“La muerte y la vida están en poder de la lengua” (Proverbios 18:21). Las palabras no solo comunican, también establecen. Y cuando alguien comienza a hablar desde la verdad, su mente empieza a alinearse con lo que declara.

Otro aspecto fundamental es la constancia. La renovación no ocurre de un día para otro. Es un proceso progresivo, que requiere repetición, enfoque y perseverancia.

No en forma de esfuerzo agotador, sino como una práctica intencional.

Así como la mente fue formada durante años bajo un sistema de escasez, también necesita tiempo para ser reeducada en la lógica del Reino. Pero cada paso cuenta. Cada pensamiento alineado, cada decisión tomada desde la verdad, cada reacción distinta, va consolidando una nueva estructura.

El Espíritu Santo juega un rol central en este proceso. No es un cambio que el hombre produce por sí mismo. Es una obra conjunta, donde el creyente dispone su corazón y el Espíritu opera internamente. Él recuerda, guía, confronta y afirma la verdad.

Jesús dijo: ***“El Espíritu Santo... os recordará todo lo que yo os he dicho”*** (Juan 14:26). Esto es clave, porque en medio de situaciones concretas, es el Espíritu quien trae la verdad al presente. Y en ese momento, el creyente tiene la oportunidad de elegir desde qué sistema va a responder.

Renovar el entendimiento también implica paciencia. Habrá momentos de avance y momentos donde viejos pensamientos intenten volver. Esto no significa retroceso, sino parte del proceso. Lo importante es no volver a identificarse con esa vieja manera de pensar.

“Y renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Efesios 4:23). Esta expresión muestra que no es solo un cambio

superficial, sino profundo. Afecta la manera en que se percibe, se interpreta y se responde a la vida.

En el contexto de la abundancia, esta renovación es esencial. Porque no se puede administrar correctamente lo que no se entiende correctamente. Y no se puede vivir en plenitud con una mente entrenada en la limitación.

Cuando la mente comienza a renovarse, la persona deja de reaccionar automáticamente desde el temor o la escasez, y empieza a responder desde la confianza y el propósito. Cambia su relación con los recursos, con las oportunidades y con el futuro.

Ya no ve la vida como una amenaza, sino como un escenario donde Dios quiere manifestarse. Ya no se enfoca en lo que falta, sino en lo que ha sido dado. Ya no se limita a conservar, sino que se abre a multiplicar.

La renovación del entendimiento no solo cambia pensamientos, cambia resultados. Porque la manera de pensar determina la manera de vivir. Y cuando la mente se alinea con el Reino, la vida comienza a reflejarlo.

“Ante todo, cuida tus pensamientos porque ellos controlan tu vida”.

Proverbios 4:23 (PDT)

Renovando el entendimiento Capítulo 11 aplicación

Reflexión:

¿Qué pensamiento consideramos que necesitamos reemplazar urgentemente respecto de la abundancia del Reino? ¿Cuál es el concepto que hemos acunado respecto de la prosperidad? ¿Creemos que Dios se siente más cómodo dándonos poco para preservarnos del mal? ¿En tal caso, no es mejor que los recursos estén en las manos de sus hijos?

Activación:

Escribamos una verdad bíblica y repitámosla diariamente hasta que forme parte de nuestra manera de pensar. No estoy refiriéndome a un versículo. Eso es algo que siempre debemos hacer. Me refiero a un pensamiento de conquista, de avance o de prosperidad para nuestras vidas. Algo que hasta el momento no nos hemos atrevido a confesar.

Oración guiada:

Padre eterno, te pedimos que renueves nuestra mente. Derribando todo argumento, todo paradigma contrario a Tu verdad. Establece Tu pensamiento en nuestro interior y ayúdanos a eliminar todo pensamiento religioso, miedoso y de incredulidad. Danos la valentía y la sabiduría para enfrentar nuestras responsabilidades. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo doce

SANANDO LA RELACIÓN CON LA ABUNDANCIA

*“Enfocarse en lo verdadero, honesto y justo para
mantener una mente sana.”*

Filipenses 4:8 (NVI)

No alcanza con entender la abundancia; es necesario sanar la relación con ella. Porque muchos creyentes, aun después de recibir revelación y comenzar a renovar su mente, siguen teniendo reacciones internas que revelan heridas no resueltas. Culpa al recibir, temor al crecer, incomodidad al prosperar, rechazo a lo que Dios quiere dar. Todo esto no nace de la verdad, sino de experiencias, enseñanzas o interpretaciones que dejaron marcas en el interior.

La relación con la abundancia no es solo doctrinal, es emocional y espiritual. Está influenciada por la historia personal, por lo vivido, por lo escuchado, por lo observado. Algunos crecieron en contextos de escasez donde el “no alcanza” era una constante. Otros fueron expuestos a modelos donde el recurso fue mal administrado o asociado al

pecado. Y otros fueron formados en ambientes religiosos donde la abundancia era vista con sospecha.

Todo eso configura una manera de sentir, no solo de pensar. Por eso, cuando Dios comienza a abrir puertas, a bendecir, a expandir, muchas veces no hay resistencia en la mente, pero sí en el corazón. Algo se incomoda. Aparece una sensación de no merecer, de no estar preparado, de que “esto no es para mí”. Y si eso no es tratado, termina limitando lo que Dios quiere hacer.

La Escritura muestra que Dios no solo transforma la mente, también sana el interior. ***“El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas” (Salmo 147:3)***. Esto incluye todas aquellas áreas donde la relación con la abundancia fue dañada o distorsionada.

Uno de los aspectos más comunes es la culpa. Algunos sienten que tener más es incorrecto, que recibir bendición es egoísta, que prosperar es alejarse de Dios. Aunque no lo expresen abiertamente, lo sienten internamente. Y esa culpa actúa como un freno invisible.

Pero la culpa no proviene de Dios cuando no hay pecado. Es una distorsión. Porque si Dios es quien bendice, recibir no puede ser incorrecto. El problema no es recibir, sino cómo se recibe y para qué se utiliza.

“Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias” (1 Timoteo

4:4). Aquí se establece una verdad liberadora: lo que proviene de Dios no debe ser rechazado, sino recibido correctamente.

Otro aspecto es el temor. Temor a perder, a no saber administrar, a que la bendición se convierta en carga. Este temor muchas veces está ligado a experiencias pasadas o a modelos negativos observados. Pero vivir desde ese temor impide avanzar.

El amor perfecto echa fuera el temor (**1 Juan 4:18**). Y ese amor no solo habla de afecto, sino de una relación segura con Dios. Cuando el creyente entiende que no está solo, que Dios no solo da sino que también guía, el temor pierde fuerza.

También está el rechazo inconsciente. Personas que, sin darse cuenta, evitan crecer. Postergan oportunidades, minimizan lo que reciben, no se permiten avanzar. No porque no quieran, sino porque internamente han asociado la abundancia con algo negativo.

Este rechazo debe ser confrontado con la verdad. No desde la presión, sino desde la sanidad. Es permitir que Dios reemplace esas asociaciones incorrectas por una visión alineada con Su carácter.

La sanidad también implica restaurar el propósito de la abundancia. Volver a entender que no es un fin en sí mismo, sino una herramienta del Reino. Que no se trata de tener más

por tener, sino de vivir con libertad para administrar lo que Dios confía.

Cuando esto se establece, la relación cambia. Ya no hay culpa al recibir, porque se entiende el origen. No hay temor al administrar, porque se reconoce la guía. No hay rechazo al crecer, porque se comprende el propósito. La abundancia deja de ser un tema incómodo y se convierte en una expresión natural del Reino.

Además, la sanidad interior permite disfrutar correctamente lo que Dios da. Porque también hay quienes reciben, pero no disfrutan. Siempre están preocupados, siempre esperando que algo salga mal, siempre sintiendo que no es suficiente. Esto no es falta de recursos, es falta de paz.

“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). La abundancia del Reino incluye paz y gozo. No es solo tener, es vivir plenamente.

Sanar la relación con la abundancia es, en definitiva, alinear el corazón con la verdad. Es permitir que Dios toque esas áreas profundas donde aún hay resistencia, dolor o confusión. Es dejar de reaccionar desde la historia y comenzar a responder desde la identidad en Cristo.

Este proceso no es automático, pero es posible. Y es necesario. Porque Dios no solo quiere darte más, quiere que

puedas vivirlo correctamente. Sin culpa, sin temor, sin rechazo.

Cuando la relación es sanada, la abundancia ya no genera conflicto, sino propósito. Y el corazón queda libre para recibir, administrar y dar conforme al diseño del Reino.

“Hay gente desprendida que recibe más de lo que da, y gente tacaña que acaba en la pobreza.”

Proverbios 11:24 DHH

Sanando la relación con la abundancia

Capítulo 12 aplicación

Reflexión:

¿Sentimos culpa, temor o rechazo hacia la abundancia? ¿La asociamos siempre con lo pecaminoso? ¿Creemos que la corrupción del mundo se debe solo a la existencia del dinero y las riquezas, o creemos que eso se produce por el amor que la gente tiene por esas cosas? ¿Creemos que es posible una sana conexión con las riquezas?

Activación:

Identifiquemos una herida relacionada con los recursos y si la tenemos presentémosla a Dios.

Pensemos seriamente en dejar de trabajar para el dinero, pensando en cómo debemos hacer para que el dinero trabaje para nosotros. Entendamos el dinero como un esclavo y no como un señor para nuestras vidas.

Oración guiada:

Padre eterno, te pedimos que sanes nuestro corazón, si hemos sido heridos por la escasez, o incluso por los que tienen abundancia. Quita de nosotros toda culpa y todo temor. Queremos recibir recursos y ponerlos a trabajar para nosotros. Queremos vivir una vida de abundancia correctamente. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Capítulo trece

DE ESCLAVOS A ADMINISTRADORES DEL REINO

“Que los hombres nos tengan por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel”.

1 Corintios 4:1 y 2

La manera en que una persona se percibe a sí misma determina la forma en que vive, decide y administra. Por eso, uno de los cambios más profundos que el Reino produce no es externo, sino interno: un cambio de identidad. Pasar de una mentalidad de esclavo a una mentalidad de administrador es esencial para poder sostener la abundancia de Dios.

El esclavo vive desde la limitación; el administrador desde la responsabilidad. El esclavo espera órdenes; el administrador entiende propósito. El esclavo se enfoca en sobrevivir; el administrador en gestionar. Esta diferencia no está en los recursos que poseen, sino en la identidad desde la cual operan.

Pablo lo expresa con claridad: ***“Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”*** (Gálatas 4:7). Aquí se establece un cambio radical. El creyente no ha sido llamado a vivir en una relación de subordinación pasiva, sino en una posición de hijo con acceso, herencia y responsabilidad.

El problema es que muchos han recibido la posición, pero no han renovado la mentalidad. Siguen pensando como esclavos, aunque ya no lo son. Y esa desconexión genera una vida limitada, donde no se experimenta plenamente lo que ya ha sido otorgado.

La mentalidad de esclavo está marcada por el temor. Temor a equivocarse, a perder, a no ser suficiente. Vive bajo presión, tratando de cumplir para no fallar. Su relación con Dios se basa más en la obligación que en la comunión. Y desde ese lugar, no puede administrar correctamente, porque no se siente autorizado.

En cambio, el hijo vive desde la identidad. Sabe quién es, y desde allí actúa. No necesita demostrar para ser aceptado, porque ya ha sido aceptado. No obedece por miedo, sino por relación. Y eso le permite moverse con libertad, sin perder el orden.

Jesús refleja esto constantemente. Nunca se lo ve dudando de su identidad. Aun en momentos de presión, su referencia es clara: ***“Yo y el Padre uno somos”*** (Juan 10:30).

Esa certeza le permite actuar con autoridad, sin inseguridad ni necesidad de validación externa.

El administrador del Reino nace de esta identidad afirmada. No se ve como dueño, pero tampoco como incapaz. Entiende que todo proviene de Dios, pero que ha sido confiado a él para ser gestionado. Y esa confianza genera responsabilidad, no temor.

“Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel” (1 Corintios 4:2). La fidelidad no es solo hacer lo correcto, es responder adecuadamente a lo que se ha recibido. Es reconocer el valor de lo confiado y actuar en consecuencia.

Este cambio de identidad también transforma la relación con los recursos. El esclavo ve el recurso como algo que necesita para sobrevivir; el administrador lo ve como una herramienta para cumplir propósito. El esclavo retiene por miedo; el administrador distribuye con sabiduría. El esclavo se enfoca en lo que no tiene; el administrador en lo que puede hacer con lo que tiene.

Además, el administrador no actúa de manera independiente. No es autosuficiente, es dependiente de la guía de Dios. Pero esa dependencia no es pasiva, es activa. Busca dirección, discierne, toma decisiones. No espera que todo le sea resuelto, sino que participa en el proceso.

Este es un punto importante: el Reino no forma espectadores, forma participantes. No se trata de esperar que Dios haga todo, sino de caminar con Él en lo que Él está haciendo. Y eso implica madurez.

La madurez espiritual no se mide solo por conocimiento, sino por capacidad de administración. Cómo se gestionan los recursos, el tiempo, las oportunidades, las relaciones. Todo eso refleja el nivel de desarrollo interno.

Jesús lo expresa en un principio simple pero profundo: ***“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”*** (Lucas 16:10). La fidelidad en lo pequeño no es una prueba aislada, es una preparación. Dios forma al administrador en lo cotidiano, en lo simple, en lo que parece menor.

Por eso, nadie llega a una vida de abundancia sin haber desarrollado fidelidad en niveles anteriores. No porque Dios limite, sino porque el proceso forma la capacidad necesaria para sostener lo que viene.

Pasar de esclavo a administrador también implica asumir responsabilidad. Dejar de culpar a las circunstancias, a otros o al pasado, y comenzar a responder desde la identidad. No significa ignorar lo vivido, sino no quedar determinado por ello.

El administrador entiende que su vida tiene un propósito mayor, y que todo lo que recibe está conectado a ese propósito. Por eso, no vive al azar. Discierne, ordena,

prioriza. No desde la presión, sino desde la conciencia de lo que representa.

También cambia la relación con el futuro. El esclavo teme lo que viene, porque no lo controla. El administrador se prepara, porque confía en la guía de Dios. No vive ansioso, vive expectante. Sabe que lo que viene no es una amenaza, sino una oportunidad para manifestar el Reino.

Este cambio de identidad no ocurre por esfuerzo humano, sino por revelación y renovación. Es el resultado de entender lo que Cristo hizo y permitir que esa verdad se establezca en lo profundo.

“Y si hijos, también herederos... coherederos con Cristo” (Romanos 8:17). Esta no es una declaración simbólica, es una realidad espiritual. Pero debe ser creída, aceptada y vivida.

Cuando dejamos de vernos como esclavos y comenzamos a vivir como administradores del Reino, todo cambia. Nuestra comunión con Dios se profundiza, nuestra manera de pensar se alinea, y nuestra capacidad de gestionar se expande. Ya no vivimos para sostenernos, vivimos para representar a Dios manifestando Su Reino.

En esa representación, la abundancia deja de ser una idea y se convierte en una expresión concreta del Reino en la tierra. No podemos representar al Dios de la abundancia con una mente de escasez, no podemos manifestar el Reino

atrapados por la carencia. No podemos predicar fe, sin creer que tenemos y podemos todo lo vinculado al propósito eterno de Dios.

Los hijos de Dios, no podemos andar por la vida con mentalidad de subsidiados, no andamos pidiendo las migajas del sistema, vivimos alimentados por el pan de los hijos. No vivimos para recibir a través de la misericordia, sino que vivimos para dar, conforme a la gracia que hemos recibido.

“Cada uno ponga al servicio de los demás el don que haya recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”.

1 Pedro 4:10 y 11 (RVC)

De esclavo a administrador
Capítulo 13 aplicación

Reflexión:

¿Nos vemos como hijos de Dios o como creyentes que sobreviven en el sistema hasta que el Señor nos lleve? ¿Sufrimos el mundo, o estamos pensando en la redención de la creación? ¿Nos hemos fabricado casitas en el cielo junto a las calles de oro y aquí tratamos de sobrevivir, o cultivamos el derecho de propiedad de nuestro Padre?

Activación:

Evaluemos nuestra administración esta semana. Seguramente algunos tengan una buena cantidad de recursos y lo están haciendo con excelencia, pero los que creen tener poco, o insuficiente, cultiven una mente de fidelidad en lo poco, con la idea de que Dios los lleve a lo mucho.

Oración guiada:

Padre eterno, afirmamos nuestra identidad como hijos. Enséñanos a administrar con fidelidad lo que has puesto en nuestras manos, y prepara nuestro corazón para llevarnos a lo mucho. No te pedimos esto por codicia, ni por ambiciones personales, sino para que podamos ayudar al prójimo y para que podamos contribuir a la extensión del Reino, te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

PARTE V

**FORMANDO LÍDERES
CON MENTALIDAD
DE REINO**

Capítulo catorce

LIDERAZGO DE INFLUENCIA

*“Liderar siendo modelo de buenas obras
e integridad en la enseñanza.”*

Tito 2:7 y 8

La mentalidad de una iglesia nunca es accidental; siempre es el resultado del liderazgo que la forma. Todo líder, consciente o inconscientemente, transmite una manera de pensar. No solo enseña con palabras, sino con su forma de vivir, de decidir, de reaccionar y de administrar. Por eso, hablar de abundancia en el Reino sin abordar el rol del liderazgo sería incompleto.

El líder no solo guía acciones, establece cultura. Y la cultura determina lo que una comunidad considera normal. Si el liderazgo opera desde la escasez, la iglesia aprenderá a vivir limitada, aunque se prediquen verdades de abundancia. Si el liderazgo vive con temor, la congregación se moverá con inseguridad. Pero si el liderazgo piensa y actúa desde el

Reino, la iglesia comenzará a alinearse con esa misma realidad.

Proverbios lo expresa de forma indirecta pero contundente: **“Cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7)**. Esto no aplica solo a individuos, sino también a comunidades. La mentalidad interna de quienes lideran termina definiendo la expresión externa de la iglesia.

Por eso, el primer llamado no es a enseñar sobre abundancia, sino a vivirla correctamente. Porque una enseñanza que no está respaldada por una vida coherente pierde autoridad. El líder puede hablar de fe, pero si sus decisiones están marcadas por el temor, lo que realmente transmite es inseguridad. Puede hablar de provisión, pero si administra desde la escasez, forma una cultura limitada.

Pablo entendía este principio cuando decía: **“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1)**. No solo enseñaba doctrina, modelaba vida. Y ese modelo era el que formaba a otros. El liderazgo en el Reino no es solo instructivo, es formativo.

Además, el líder define el enfoque de la iglesia. Lo que enfatiza, se multiplica. Lo que evita, se debilita. Si constantemente se habla de falta, de limitaciones, de lo que no se puede, la iglesia desarrollará una mentalidad defensiva. Pero si se enseña desde la perspectiva del Reino, mostrando el carácter de Dios, Su provisión y Su propósito, la comunidad comenzará a expandir su visión.

Esto no significa negar la realidad, sino interpretarla correctamente. El líder no está llamado a ignorar los desafíos, sino a enfrentarlos desde la verdad. A mostrar que, aun en medio de limitaciones, Dios sigue siendo la fuente y el Reino sigue siendo el estándar.

Otro aspecto clave es que el liderazgo establece los límites mentales de la iglesia. Muchas veces, las comunidades no avanzan no porque Dios no quiera hacerlo, sino porque el liderazgo no ha ensanchado su manera de pensar. Y lo que el líder no puede ver, difícilmente lo podrá guiar.

Por eso, la transformación debe comenzar en quienes lideran. No como una exigencia, sino como una responsabilidad. Porque lo que se imparte desde el púlpito y lo que se modela en la vida cotidiana forma generaciones.

También es importante entender que el liderazgo no solo influye en lo espiritual, sino en la relación de la iglesia con los recursos. Cómo se administra, cómo se enseña a dar, cómo se manejan las oportunidades, todo eso comunica una mentalidad.

Una iglesia puede tener recursos limitados, pero si tiene una mentalidad de Reino, vivirá con visión, con fe y con expectativa. En cambio, una iglesia con recursos abundantes pero con mentalidad de escasez vivirá con temor, control y estancamiento.

Jesús enseñó que ***“de la abundancia del corazón habla la boca”*** (Lucas 6:45). Y esto aplica también al liderazgo. Lo que hay en el corazón del líder se expresa en su enseñanza, en sus decisiones y en la cultura que forma.

Por eso, el líder debe revisar constantemente su interior. No para condenarse, sino para alinearse. Preguntarse: ¿desde dónde estoy liderando? ¿Desde el temor o desde la fe? ¿Desde la escasez o desde la abundancia? ¿Estoy formando una cultura de Reino o reproduciendo paradigmas limitantes?

Es muy lamentable que muchos pastores hoy en día, estén estancados por causa de las muchas críticas que se mueven en redes sociales. Si pensamos servir a Dios, debemos enseñar lo que Él quiera, no lo que haga sentir cómoda a la gente. Los religiosos siempre estarán criticando lo que no entienden, siempre ha sido así y no hay posibilidades de cambio. Si lo criticaron a Jesús, cuanto más nos criticarán a nosotros.

Hay una gran cantidad de videos que atacan la prosperidad en la iglesia, generando descrédito y temor. La mala gestión de unos pocos ministros inescrupulosos ha dado lugar a los acusadores y críticos que solo terminan siendo instrumentos de Satanás. Ministros abusadores, enriquecidos obscenamente, no son un parámetro para quienes estamos trabajando con limpia consciencia.

El liderazgo tiene la responsabilidad de corregir desvíos, pero no debe actuar con temor, ni dejarse condicionar por nadie. Porque, así como existe la escasez, también existen extremos donde la abundancia es mal interpretada y se convierte en materialismo o en búsqueda egoísta. El líder debe enseñar con equilibrio, mostrando el corazón de Dios sin caer en distorsiones.

Esto requiere discernimiento, madurez y dependencia del Espíritu Santo. No se trata de repetir fórmulas, sino de guiar a la iglesia hacia una comprensión profunda del Reino. No se trata de pobreza disfrazada de santidad, ni enriquecimiento fundamentado por vanidad, se trata de encontrar el equilibrio de una doctrina de Reino en el contexto del Nuevo Pacto.

Además, el liderazgo debe formar a otros líderes. Porque una cultura no se sostiene solo desde una persona, sino desde un equipo alineado. Si el pensamiento de Reino no se multiplica en quienes lideran, difícilmente se establecerá en la comunidad.

“Y lo que has oído de mí... esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:2). Este es el modelo del Reino: multiplicación intencional. No solo de información, sino de mentalidad.

Cuando el liderazgo se transforma, la iglesia comienza a cambiar. No de manera superficial, sino estructural. Cambia la forma de ver, de hablar, de actuar. Se genera una

cultura donde la fe no es solo un concepto, sino una forma de vida. Y en ese contexto, la abundancia deja de ser un tema aislado y se convierte en una expresión natural del Reino.

Porque una iglesia no será más grande que la mentalidad de quienes la lideran. Pero cuando el liderazgo se alinea con la mente de Dios, la comunidad comienza a caminar en una dimensión nueva, donde el cielo ya no es solo una esperanza futura, sino una realidad que se manifiesta en la tierra.

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.”

2 Timoteo 2:15

El liderazgo de influencia Capítulo 14 aplicación

Reflexión:

Si somos líderes preguntémonos con mucho temor: ¿Qué mentalidad estamos transmitiendo a otros? ¿Qué estamos cultivando en sus corazones? ¿Qué ejemplo les estamos dando con nuestras vidas?

¿Hemos sembrado temor y culpa, con tal de llevarlos por el camino de la santidad, o les hemos enseñado que se puede ser santos y gente prospera?

Activación:

Aceptemos el desafío de enseñar, ni bien tengamos la oportunidad, mensajes de buena administración, mensajes de abundancia. No simplemente motivacionales, sino mensajes con solidez bíblica. Seguramente encontraremos material en abundancia. De hecho, les recomiendo mi libro titulado: “Las llaves del Reino para las finanzas” Comparte esas enseñanzas con algunos hermanos y enséñenles a pensar en grande.

Oración guiada:

Padre eterno, te pedimos que nos hagas líderes de Reino, líderes capaces de formar correctamente a Tu pueblo. Padre perdónanos, si hemos enseñado a nuestros hermanos a pensar con una mente de escasez. Te pedimos que nuestra vida también refleje Tu Reino. ¡Amén!

Capítulo quince

ENSEÑAR ABUNDANCIA SIN CAER EN ERROR

“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.”

1 Pedro 5:2 al 4

Hablar de abundancia en el Reino requiere no solo revelación, sino también equilibrio. Porque así como existe una mentalidad de escasez que limita, también existen desviaciones que distorsionan la verdad y la convierten en algo centrado en el hombre. El desafío del liderazgo no es evitar el tema, sino enseñarlo correctamente, sin caer en extremos que desvíen el corazón del propósito de Dios.

Uno de los errores más comunes es reducir la abundancia a lo material. Cuando esto sucede, el mensaje del

Reino se empobrece, porque se desconecta de su esencia espiritual. La abundancia no comienza en los recursos, sino en la vida de Dios fluyendo en el interior. Incluye lo material, pero no se limita a ello.

Jesús dijo: ***“Mirad, guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”*** (Lucas 12:15). Aquí no niega la abundancia, pero corrige su definición. La vida no se mide por lo que se tiene, sino por la relación con Dios y el propósito que se vive.

El otro extremo es espiritualizar todo al punto de negar la manifestación práctica. Se habla de abundancia solo en términos internos, evitando cualquier expresión visible. Esto también es una distorsión, porque el Reino está diseñado para manifestarse. No es solo una experiencia interior, es una realidad que impacta todas las áreas de la vida.

Pablo muestra este equilibrio cuando dice que Dios ***“es poderoso para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que... abundéis para toda buena obra”*** (2 Corintios 9:8). Aquí se unen ambas dimensiones: gracia interna y manifestación externa. La abundancia no es solo para sentir, es para hacer.

Por eso, enseñar abundancia correctamente implica mantener el enfoque en el propósito. No se trata de tener más por tener, ni de rechazar lo que Dios da, sino de entender para

qué se recibe. Cuando el propósito está claro, los extremos pierden fuerza.

Otro peligro es caer en un mensaje centrado en el beneficio personal. Cuando la abundancia se presenta como un medio para satisfacer deseos individuales, se pierde la esencia del Reino. El mensaje deja de ser “Dios quiere manifestarse a través de tu vida” y se convierte en “Dios quiere darte lo que deseas”.

Esto genera una fe utilitaria, donde Dios es visto como un proveedor de resultados, más que como Señor. Y aunque puede producir entusiasmo momentáneo, no forma discípulos maduros. Porque el corazón no es transformado, solo motivado.

Jesús nunca centró su enseñanza en el beneficio personal, sino en el Reino. Incluso cuando hablaba de recompensa, lo hacía en el contexto de obediencia, fidelidad y propósito. ***“Mas buscad primeramente el Reino de Dios...” (Mateo 6:33)***. El orden siempre es el mismo: primero el Reino, luego lo demás.

También es importante evitar el extremo del control. Algunos, al ver los riesgos de la mala interpretación, prefieren limitar el mensaje, reducirlo, mantenerlo en un nivel seguro. Pero esto también impide que la iglesia crezca. Porque el temor a los extremos no puede reemplazar la verdad. La solución no es enseñar menos, sino enseñar mejor.

Esto requiere claridad doctrinal, pero también sensibilidad espiritual. No se trata de repetir conceptos, sino de discernir cómo guiar a las personas hacia una comprensión correcta. Cada comunidad tiene procesos distintos, y el liderazgo debe acompañar esos procesos con paciencia y firmeza.

Además, enseñar con equilibrio implica modelar con equilibrio. Porque la vida del líder valida el mensaje. Si enseña abundancia, pero vive con exceso o desorden, genera confusión. Si enseña desprendimiento, pero vive con temor, también. La coherencia es clave.

Pablo lo expresa de manera práctica: ***“No es para que otros tengan holgura, y vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad...”*** (2 Corintios 8:13 y 14). Aquí se ve un principio de equilibrio: la abundancia no es para desequilibrar, sino para bendecir. No es para concentrar, sino para distribuir con sabiduría.

La enseñanza correcta de la abundancia también debe formar el corazón. No solo informar, sino transformar. Ayudar a que las personas revisen sus motivaciones, ordenen sus prioridades y alineen su vida con el propósito de Dios. Porque el problema no está en la abundancia, sino en el corazón que la recibe.

Jesús lo dijo con claridad: ***“Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21). La

abundancia revela el corazón, pero también lo forma. Por eso, enseñar correctamente es fundamental.

Cuando el mensaje es equilibrado, produce creyentes maduros. Personas que no temen la abundancia, pero tampoco la buscan como fin. Que saben recibir, pero también dar. Que entienden el valor de los recursos, pero no dependen de ellos.

Este tipo de enseñanza genera una iglesia sana, donde la abundancia no es un tema polémico, sino una expresión natural del Reino. Donde no hay culpa por recibir, ni orgullo por tener. Donde todo se vive desde la gratitud y la responsabilidad.

Enseñar abundancia sin caer en extremos es, en definitiva, mantener a Cristo en el centro. Porque cuando Él es el enfoque, todo lo demás encuentra su lugar. Y cuando el corazón está alineado, la abundancia deja de ser un riesgo y se convierte en una herramienta poderosa para manifestar el Reino en la tierra.

Sin extremos

Capítulo 15 aplicación

Reflexión:

¿Estamos cayendo en algún extremo respecto del tema financiero? ¿Somos de los que critican la prosperidad de otros ministerios, o rechazamos todo mensaje que hable de prosperidad? ¿Demonizamos la palabra prosperidad, o creemos que Dios nos quiere prósperos? Si creemos que sí ¿Se ha convertido eso en una obsesión, o solo la consideramos dentro del propósito?

Activación:

Ajustemos una enseñanza o práctica personal hacia el equilibrio. No tengamos temor de leer o escuchar a maestros que piensen contrariamente. Escuchar a pensamientos opuestos, siempre puede enriquecer nuestros puntos de vista, o incluso ajustar los cambios para encontrar el equilibrio espiritual de nuestra doctrina. Al final lo que deseamos no es tener razón, sino pensar como Dios piensa.

Oración guiada:

Padre eterno, guíanos en Tu verdad con todo equilibrio espiritual. Que nunca nos desviemos de Tu corazón. Que no nos cerremos a escuchar a maestros que piensen diferente a nosotros, que el orgullo no nos haga enojar, destiéralo de nuestra vida para que aprendamos en humildad. ¡Amén!

Capítulo dieciséis

CULTURA DE REINO CULTURA DE ABUNDANCIA

*“Venga tu reino. Hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo...”*

Mateo 6:10

La transformación de la mentalidad no es solo un proceso individual, es un proceso comunitario. Porque el Reino no se manifiesta en personas aisladas, sino en una comunidad que vive, piensa y actúa alineada con el gobierno de Dios. Por eso, no alcanza con tener individuos con revelación; es necesario formar una cultura.

La cultura es aquello que define lo normal. Es lo que se respira, lo que se repite, lo que se celebra y lo que se tolera. Y en la iglesia, la cultura determina si se vive desde la escasez o desde la abundancia, más allá de lo que se enseñe desde el púlpito.

Una iglesia puede predicar fe, pero si su cultura está marcada por el temor, la limitación y la falta de expectativa,

ese será el ambiente que las personas experimentarán. En cambio, cuando la cultura está alineada con el Reino, la fe se vuelve práctica, la visión se expande y la vida comunitaria refleja el carácter de Dios.

En el libro de los Hechos vemos una expresión clara de esto: ***“Y todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas... y no había entre ellos ningún necesitado”*** (Hechos 2:44 y 45; 4:34). Esto no fue un modelo impuesto, fue el resultado de una cultura transformada. Una comunidad donde la mentalidad de Reino reemplazó la lógica individualista y escasa.

La cultura de Reino no se construye solo con enseñanza, sino con práctica constante. Se forma a través del lenguaje, de las decisiones, de la manera en que se enfrentan los desafíos y de cómo se administran los recursos. Todo comunica.

El lenguaje, por ejemplo, es un elemento poderoso. Una iglesia que constantemente habla de lo que no tiene, de lo que no puede, de lo que falta, refuerza una mentalidad de escasez. Pero una comunidad que aprende a hablar desde la fe, desde la provisión de Dios y desde el propósito, comienza a establecer una atmósfera diferente.

Esto no es negar la realidad, sino declararla desde la verdad del Reino. ***“Diga el débil: Fuerte soy”*** (Joel 3:10). No porque no haya debilidad, sino porque se reconoce una realidad superior. Esto también ha producido críticas en

quienes califican el hablar correctamente como una simple “declaración positiva”. No es eso a lo que me refiero, me refiero a declarar con fe, lo que Dios puede y no nuestra propia limitación. Las palabras no son las que producen, es la voluntad de Dios, pero es bueno que nuestras palabras estén alineadas a esa voluntad del Rey, y no que se opongan.

También es clave la visión. Una iglesia sin visión se enfoca en sostenerse; una iglesia con visión se enfoca en expandirse. La visión conecta a la comunidad con el propósito de Dios, y eso cambia la manera en que se perciben los recursos. Ya no se ven como insuficientes, sino como semillas para lo que Dios quiere hacer.

Proverbios dice: “*Donde no hay visión, el pueblo se desenfrena*” (Proverbios 29:18). Pero también podríamos decir que donde no hay visión, el pueblo se limita. Porque sin una dirección clara, la mente tiende a reducirse a lo inmediato.

La cultura de Reino también se fortalece en la unidad. No una unidad superficial, sino una alineación en la manera de pensar. Cuando una comunidad comparte la misma visión, el mismo lenguaje y el mismo enfoque, se genera una fuerza que trasciende lo individual.

El salmista escribió: “*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!*” (Salmo 133:1). Esa armonía no es solo emocional, es espiritual. Y en ese ambiente, Dios envía bendición y vida

eterna. Ahora bien, una cosa es que estemos juntos en un lugar y otra es que funcionemos en verdadera unidad espiritual. En el pentecostés, vemos claramente que el Señor recompensó, no solo el hecho de que estuvieran juntos en el aposento alto, sino que también que estuvieran “unánimes” (**Hechos 2:1**).

Otro aspecto fundamental es la forma en que se vive la generosidad. En una cultura de escasez, dar se percibe como pérdida. En una cultura de Reino, dar es una expresión natural de lo que se ha recibido. No se hace por obligación, sino por revelación.

Pablo lo describe así: *“Cada uno dé como propuso en su corazón... porque Dios ama al dador alegre”* (**2 Corintios 9:7**). La alegría en el dar no nace del esfuerzo, sino de una mentalidad transformada. Además, la cultura se establece con ejemplos. Lo que se celebra, se reproduce. Si se honra la fe, la generosidad, la obediencia, eso se multiplicará. Pero si se tolera el temor, la queja o la mentalidad de escasez, eso también crecerá.

Por eso, el liderazgo debe ser intencional en lo que valida y en lo que corrige. No desde el control, sino desde el cuidado de la cultura. Porque lo que se permite de manera constante, se convierte en norma.

La cultura de Reino también implica expectativa. Una iglesia que espera poco, recibe poco. No porque Dios limite, sino porque la capacidad de recibir está condicionada por la

mentalidad. Pero cuando hay expectativa, se ensancha el corazón, se abre la visión y se prepara el terreno para lo que Dios quiere hacer.

Isaías lo expresa de manera profética: ***“Ensancha el sitio de tu tienda... no seas escasa” (Isaías 54:2)***. Antes de la expansión, hay un ensanchamiento interno. La cultura prepara el espacio para la manifestación.

Formar una iglesia sin mentalidad de escasez no significa que nunca haya desafíos, sino que los desafíos no definen la manera de pensar. La comunidad aprende a enfrentarlos desde la fe, desde la unidad y desde la convicción de que Dios sigue siendo la fuente.

Cuando esta cultura se establece, la abundancia deja de ser un tema y se convierte en un ambiente. Las personas crecen en libertad, en generosidad, en visión. Se levantan nuevos líderes con mentalidad de Reino, y la iglesia comienza a impactar más allá de sus límites.

Porque una cultura alineada con el Reino no solo transforma a quienes están dentro, también influye en todo lo que toca. Y cuando una comunidad deja de pensar en escasez, se convierte en un instrumento poderoso para manifestar la abundancia de Dios en la tierra.

Cultura de Reino
Capítulo 16 aplicación

Reflexión:

La cultura es el cultivo de la mente, el alma y nuestro espíritu. ¿Cómo hijos de Dios, qué cultura estamos ayudando a formar? ¿Cómo recibimos el mensaje del Reino en nuestros corazones? ¿Cómo transmitimos esos conceptos a nuestro entorno? ¿Cuándo alguien nos escucha, nos identifica con un Reino poderoso, o más bien como practicantes de una religión?

Activación:

Tratemos de cambiar conscientemente nuestro lenguaje de ahora en adelante, prestemos atención a las palabras que salen de nuestra boca. Generalmente la gente sin Dios busca quejarse continuamente. ¿Somos de los que contribuyen a la queja que expresan, o somos de los que siempre tienen una palabra de fe? Prestemos atención y escuchémonos hablar.

Oración guiada:

Padre Eterno, haznos parte de una cultura de Reino, sembrando nuestro corazón con Tu Palabra de fe. Que nuestra vida sume a lo que Tú quieres manifestar. Que podamos ser como luminarias en el mundo, con palabras de edificación y esperanza para nuestro entorno. Que todos sepan que tenemos un Dios grande. ¡Amén!

Capítulo diecisiete

PREPARANDO EL TERRENO

“Siembren justicia y cosechen amor. Preparen la tierra para un nuevo cultivo, porque es tiempo de buscar al Señor...”

Oseas 10:12

Dios no derrama donde no hay capacidad para recibir, ni establece donde no hay preparación para sostener. Este es un principio espiritual que atraviesa toda la Escritura. La abundancia del Reino no es solo una promesa, es una realidad que requiere un terreno preparado.

A lo largo de este proceso hemos visto que la transformación comienza en la mente, pasa por el corazón y se establece en la identidad. Pero todo eso tiene un propósito: preparar al creyente para vivir y manifestar lo que Dios quiere hacer. Porque el Reino no es teoría, es expresión.

Jesús enseñó este principio en la parábola del sembrador. La semilla es la misma, pero el resultado depende

del terreno (**Mateo 13:18 al 23**). No se trata de que Dios dé más o menos, sino de la condición en la que se recibe. Y esa condición no es externa, es interna.

Preparar el terreno implica ensanchar el corazón. Salir de estructuras estrechas, de pensamientos limitados, de expectativas pequeñas. Es permitir que Dios amplíe la capacidad interna para poder sostener lo que quiere derramar.

Isaías lo expresa con una fuerza profética: ***“Ensancha el sitio de tu tienda... y no seas escasa”*** (Isaías 54:2). Aquí hay una orden clara a su nación: no seas escasa. No en recursos, sino en mentalidad. Porque antes de la expansión visible, debe haber una expansión interna.

Muchos desean ver manifestación, pero no todos están dispuestos a prepararse. Y sin preparación, la bendición puede perderse, distorsionarse o no ser sostenida en el tiempo. Por eso, Dios trabaja primero en el interior, formando la capacidad antes de liberar la expansión.

La preparación también implica orden. El Reino no se establece en el desorden. Donde no hay claridad, donde no hay prioridades definidas, donde no hay administración, la abundancia no puede fluir correctamente. No porque Dios no quiera dar, sino porque el terreno no está listo.

Jesús dijo: ***“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”*** (Lucas 16:10). La fidelidad en lo pequeño no es insignificante, es formativa. Es en ese espacio donde se

desarrolla la capacidad para lo mayor. Cada decisión, cada acción, cada forma de administrar lo presente, prepara el terreno para lo que viene.

Preparar el terreno también requiere expectativa correcta. No una expectativa basada en deseos personales, sino en la comprensión del propósito de Dios. Es esperar con fe, pero también con alineación. No se trata de imaginar cualquier cosa, sino de discernir lo que Dios quiere hacer y disponerse a ello.

La expectativa abre espacio. La incredulidad lo cierra. Jesús, en ciertos lugares, no hizo muchos milagros a causa de la incredulidad (**Mateo 13:58**). No porque le faltara poder, sino porque no había terreno para manifestarlo. Esto muestra que la manifestación del Reino no depende solo de Dios, sino también de la respuesta del hombre.

Otro aspecto clave es la disposición. Preparar el terreno implica decir “sí” antes de ver. Es una actitud de rendición, de apertura, de disponibilidad. Es confiar en que lo que Dios quiere hacer es bueno, aunque desafíe estructuras o saque de la zona de comodidad.

María lo expresó de manera simple pero profunda: ***“Hágase conmigo conforme a tu palabra”*** (**Lucas 1:38**). Esa disposición permitió que lo imposible se hiciera realidad. Porque cuando el corazón está dispuesto, Dios encuentra lugar para manifestarse.

La preparación también incluye perseverancia. No todo ocurre de inmediato. Hay procesos, tiempos, etapas. Y en ese camino, es necesario mantenerse firme, sin retroceder, sin volver a la mentalidad anterior.

“Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37). La espera en el Reino no es pasiva, es activa. Es seguir creyendo, creciendo y preparándose, aun cuando no se ve todo.

Además, preparar el terreno implica limpiar lo que estorba. Quitar actitudes, pensamientos, hábitos que no están alineados. No por obligación, sino porque se reconoce que no son compatibles con lo que Dios quiere hacer.

Como un agricultor que remueve piedras, arranca raíces y ordena la tierra, así también debemos permitir que el Espíritu Santo trabaje en nuestro interior. No para condenar, sino para habilitarnos. Cuando el terreno está preparado, la manifestación deja de ser una posibilidad lejana y se convierte en una consecuencia natural. No hay esfuerzo por producir, sino capacidad para recibir y sostener.

La abundancia comienza a fluir no como un evento aislado, sino como una expresión continua del Reino. Se ve en la vida personal, en la familia, en la iglesia, en el entorno. Lo que antes era teoría, ahora se vuelve visible.

Sin embargo, todo comienza en lo invisible. Preparar el terreno es, en esencia, alinearse con Dios antes de que Él

haga lo que prometió. Es creer, ordenar, ensanchar y disponerse. Es vivir con una expectativa firme, sabiendo que el diseño del Reino no es la limitación, sino la plenitud.

Dios no solo quiere bendecirnos, quiere manifestarse, y cuando encuentra un terreno preparado, no hay límite para lo que puede hacer. Solo debemos preparar el terreno, debemos disponer nuestro corazón para que sea buena tierra y debemos preparar nuestros ámbitos para que sean tierra fértil ante todo lo que Dios quiera manifestar.

“Pero el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye y entiende la palabra, y el que da fruto...”

Mateo 13:23

Preparando el terreno
Capítulo 17 aplicación

Reflexión:

¿Estamos preparado el terreno para lo que estamos pidiendo?
¿Tenemos algo que pedir y esperar, o somos de los que no tienen horizonte? ¿Nuestra proyección está relacionada con la vida o solo pensamos en lo que recibiremos después de la muerte? ¿Pensamos en el Reino como algo presente o creemos que solo entraremos en él al partir?

Activación:

Meditemos respecto de qué manera vemos el Reino, creemos que nuestro Rey ya nos gobierna, o eso es algo que solo hará el día de nuestra muerte o Su regreso. Procuremos entender las dimensiones del Reino derribando las fortalezas de nuestros paradigmas religiosos, si es que los tenemos. Les recomiendo leer mi libro titulado: “El Reino revelado” y “Poder de reforma”.

Oración guiada:

Padre Eterno, te pedimos que prepares nuestro corazón para que no solo sea un altar de adoración, sino un centro de gobierno para Tu Espíritu Santo. Ensancha nuestra capacidad de recibir y obedecer tus lineamientos. Estamos listos para hacer lo que Tú quieras. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

CONCLUSIÓN

“Pensar como Dios para vivir como Dios diseñó”

El recorrido que hemos hecho a lo largo de este libro no apunta simplemente a incorporar un nuevo concepto, sino a provocar una transformación profunda en la manera de pensar, de ver y de vivir. Porque la abundancia del Reino no es un tema aislado, es una forma de vida que fluye desde una mente renovada y un corazón alineado con Dios.

El problema nunca fue la falta de recursos, sino la limitación del entendimiento. Desde el principio, Dios diseñó al hombre para vivir en plenitud, no en escasez. Pero la caída introdujo una manera de pensar que distorsionó esa realidad, y desde entonces, el desafío no ha sido solo creer en Dios, sino volver a pensar conforme a Su naturaleza.

A lo largo de estos capítulos hemos visto que la escasez no es una condición externa, sino una estructura interna. Es una forma de interpretar la vida, de relacionarse con los recursos, de percibirse a uno mismo. Y mientras esa estructura no sea transformada, cualquier intento de vivir en abundancia quedará limitado.

También hemos comprendido que la abundancia no es un fin en sí mismo, sino una expresión del carácter de Dios. Él no solo provee, bendice. No solo sostiene, expande. No solo responde a necesidades, establece propósito. Y cuando

el creyente comienza a entender esto, deja de vivir para recibir y comienza a vivir para manifestar.

El Reino requiere transformación. No se puede experimentar una vida nueva con una mentalidad vieja. No se puede administrar lo que no se entiende. No se puede sostener lo que no ha sido formado en el interior.

Por eso, el llamado no es superficial. No es simplemente a cambiar algunas ideas, sino a permitir que Dios renueve el entendimiento, sane el corazón y afirme la identidad. Es un proceso, pero es un proceso necesario.

También hemos visto que este cambio no es solo personal, es colectivo. El liderazgo, la cultura de la iglesia, la manera en que se enseña y se vive, todo influye en la formación de una mentalidad de Reino. No se trata solo de individuos transformados, sino de comunidades alineadas.

Y en ese contexto, la abundancia deja de ser un concepto y se convierte en una realidad visible. Se expresa en la generosidad, en la visión, en la expansión, en la forma en que la iglesia impacta su entorno. No como resultado de esfuerzo humano, sino como fruto de una vida alineada con Dios.

Este primer libro sobre el “Modo abundancia” no pretende agotar el tema, sino abrir una puerta. Una puerta a una forma de pensar distinta, a una vida más plena, a una

relación más profunda con Dios. Pero atravesar esa puerta es una decisión personal.

Salir de la limitación implica dejar atrás paradigmas, confrontar creencias, rendir estructuras. No siempre es cómodo, pero es necesario. Porque no se puede avanzar cargando con una mentalidad que pertenece a un sistema que ya no nos gobierna.

El llamado es claro: pensar como Dios para vivir como Dios diseñó. No como una aspiración lejana, sino como una realidad posible en Cristo. Porque Él no solo vino a salvarnos, vino a restaurar el diseño. A devolvernos la capacidad de vivir conforme al Reino.

Por eso, este es un tiempo de decisión. De dejar de justificar la escasez y comenzar a abrazar la plenitud. De dejar de sobrevivir y comenzar a administrar. De dejar de pensar limitado y comenzar a pensar desde el cielo.

La abundancia comienza en la mente, pero se manifiesta en la vida. Y cuando el entendimiento es transformado, el Reino deja de ser una promesa futura y se convierte en una experiencia presente.

Estamos siendo llamados a vivir de otra manera, no desde lo que nos falta, sino desde lo que Dios es. No desde la limitación, sino desde Su plenitud, no desde la tierra, sino desde el Reino. Y cuando ese cambio ocurre, todo lo demás comienza a alinearse para la gloria de Dios.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

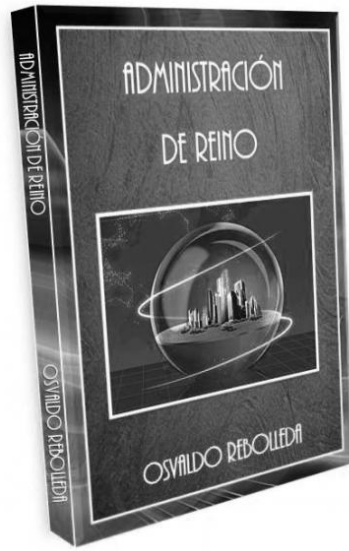
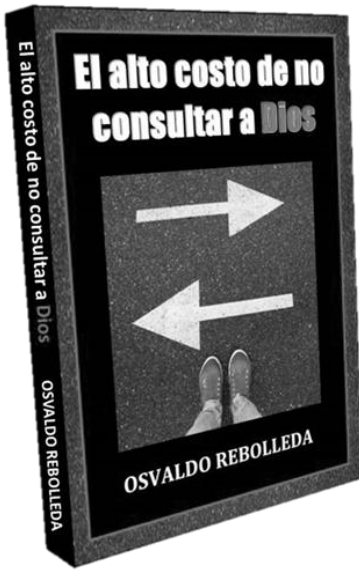
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

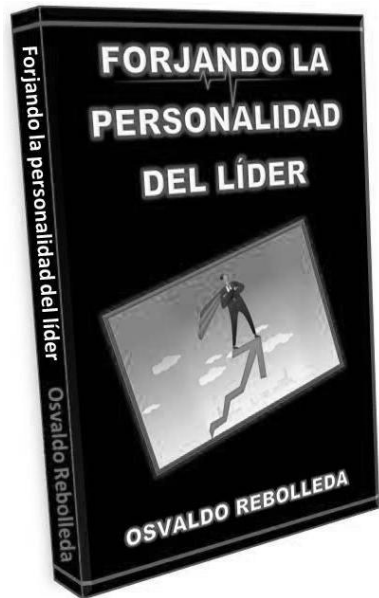
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

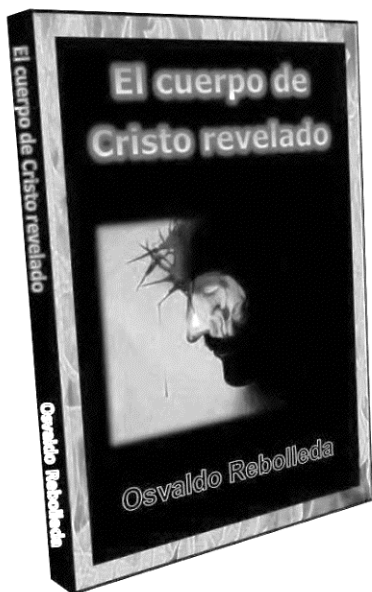
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

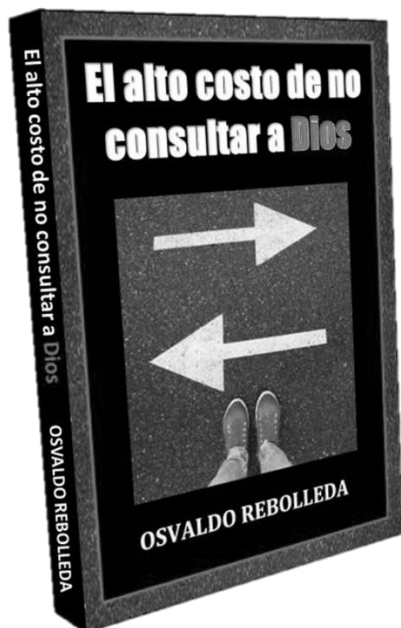


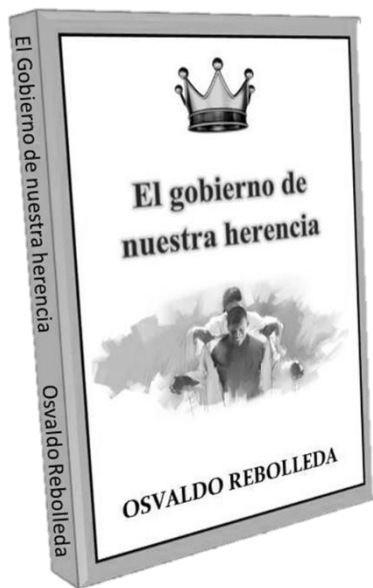
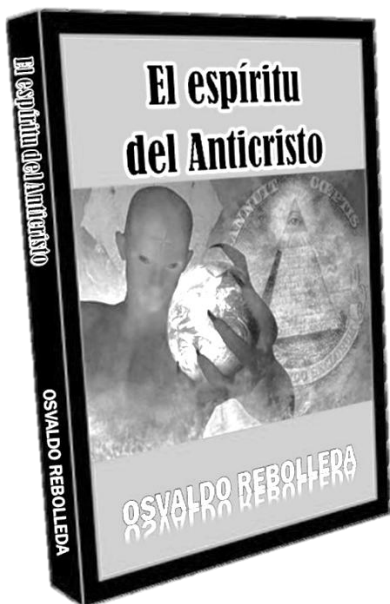
www.osvaldorebolleda.com



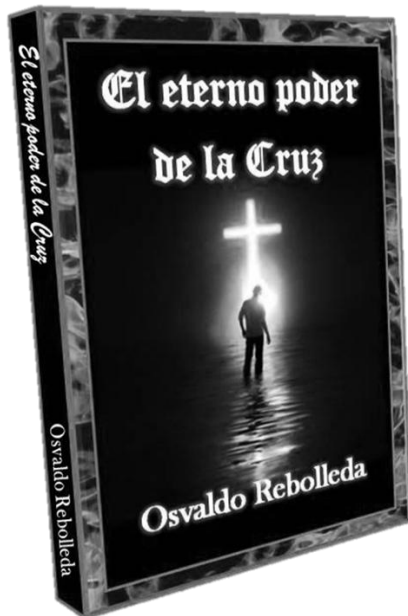
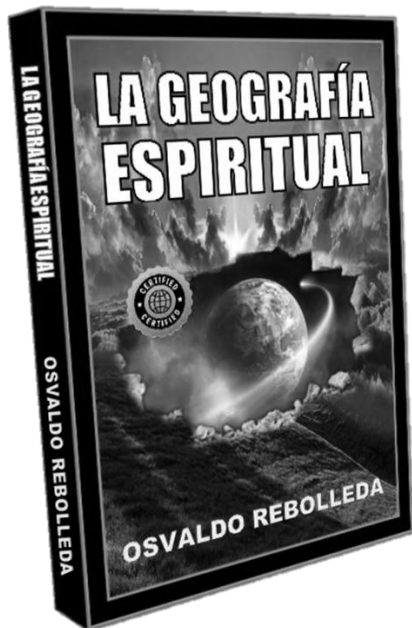


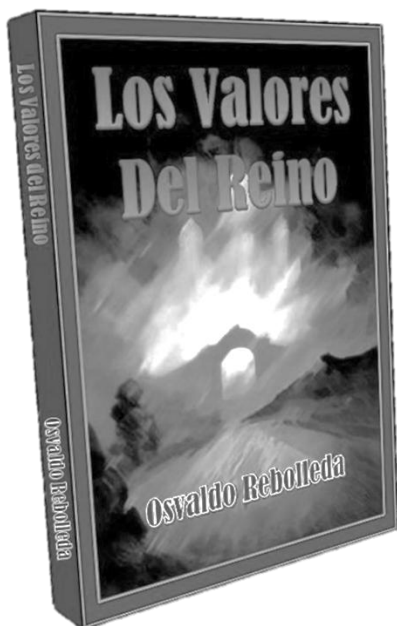
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

